

RELATO DE PIGAFETTA SOBRE EL VIAJE
DE MAGALLANES.

(Continuacion.)

»Entonces Quesada dijo: ¿Aun por este loco se há de dejar de hacer nuestro hecho?» y echando mano á un puñal, le dió cuatro puñaladas en un brazo, con lo cual se apaciguó la gente. Quedó preso Mezquita, curaron á Elorriaga, se pasó Cartagena á la nao *Concepcion*, y quedó Quesada en *San Antonio*; de modo que se apoderaron Quesada, Cartagena y Mendoza de las tres naos *Concepcion San Antonio y Victoria*.

»En este estado enviaron á decir á Magallanes que tenían ellos las tres naos y los bateles de las cinco á su disposicion, para requerirle el cumplimiento de las provisiones de S. M.; que lo habian hecho para que por eso no los maltratase como lo habia verificado hasta allí; que si se quería avenir á lo que cumpliese al servicio de S. M.; estarían á lo que les mandase, y que si hasta entonces le dieron tratamiento de merced, en adelante se lo darían de señoría y le besarían piés y manos.

»Magallanes les envió á decir que fuesen á su nao, que les oiría y haría lo que fuese razon; y contestaron que no osarían ir porque no los maltratase, y que viniese él á la nao *San Antonio*, donde se juntarían todos y obrarían con arreglo á lo que mandasen las órdenes del rey.

»Considerando Magallanes que era mejor remedio contra aquel proceder la temeridad que el sufrimiento, trató de emplear á un tiempo astucia y fuerza. Detuvo á su bordo el batel de la nao *San Antonio* que andaba en aquellas diligencias, y en el esquite de su nao envió á la *Victoria* al alguacil Gonzalo Gomez de Espinosa, con seis hombres armados secretamente y una carta para el tesorero Luis de Mendoza, en que le decía que pasase á la nao capitana; estándola leyendo con sonrisa, como si dijese: «No me pillarás allá,» le dió Espinosa una puñalada en la garganta, y otro marinero, en el mismo instante, una cuchillada en la cabeza, de lo que cayó muerto. Magallanes, como hombre prevenido, envió un batel con Duarte Barbosa, sobresaliente de la nao *Trinidad*, y quince hombres armados, y entrando en la *Victoria*, izaron la bandera sin que nadie resistiese, lo cual acaeció el dia 2 de abril; á continuacion acercaron la nao *Victoria* á la capitana, y luego hicieron lo mismo con la *Santiago*.

»Al dia siguiente, trataban de salirse á la mar las naos *San Antonio y Concepcion* que tenían Quesada y Cartagena; pero habian de pasar cerca de la capitana que estaba mas afuera. La *San Antonio* levó dos anclas, quedando á pique de una, y acordó Quesada sol-

tar á Alvaro de la Mezquita á quien tenia preso en la nao, para enviarlo á Magallanes á ordenar la pacificacion entre ellos; pero Mezquita le dijo que no se conseguiría nada; dispusieron, en fin, que cuando diesen á la vela, se pusiese Mezquita en la proa y dijese á Magallanes, en llegando cerca de su bordo, que no les tirasen, que ellos surgirían con tal que las cosas terminasen bien.

»Antes de levarse en la *San Antonio*, donde se hallaban á pique, siendo de noche y con la gente durmiendo, garró la nao y se fué á abordar con la capitana, la cual le disparó tiros gruesos y menudos, y saltó gente á la *San Antonio* diciendo: «¿Por quién estais?» y respondiendo: «por el rey nuestro señor y por vuestra merced,» se le rindieron. Prendió Magallanes á Quesada, al contador Antonio de Coca y á otros sobresalientes que habian pasado con Quesada á la nao *San Antonio*, y envió por Juan de Cartagena á la nao *Concepcion* y lo puso preso con ellos.

»Al otro dia, mandó Magallanes sacar á tierra el cuerpo de Mendoza y lo hizo descuartizar con pregon de traidor. El dia 7, mandó degollar á Gaspar de Quesada y descuartizarlo con igual pregon, lo que verificó su mismo criado y sobresaliente Luis de Molino, por librarse de ser ahorcado cuya pena le habia comprendido. Sentenció á dejar desterrados en aquella tierra á Juan de Cartagena y al clérigo Pedro Sanchez de la Reina que habia procurado amotinar la gente; y perdonó á mas de cuarenta hombres dignos de muerte, por ser necesarios para el servicio de las naos y por no malquistarse con el rigor del castigo.»

En aquel paraje nos sucedió otra desgracia. La nao *Santiago*, que habia salido para reconocer la costa, naufragó entre las rocas, salvándose milagrosamente la tripulacion. Supimos este desastre por dos marineros que vinieron al puerto por tierra, y el capitán general envió al momento á algunos hombres con sacos de galleta. Los naufragos se detuvieron allí dos meses para recoger los despojos del buque que el mar iba arrojando poco á poco á la orilla; durante todo este tiempo se les enviaban víveres, para lo cual se tenía que andar una distancia de cien millas, por un camino sumamente incómodo, lleno de abrojos y malezas, entre las cuales habia que pasar la noche, sin mas bebida que el hielo.

Los que permanecíamos en el puerto, no lo pasábamos mal, pues hallábamos en las cercanías avestruces, zorras, conejos y gorriones. Tambien cojíamos unas conchas muy grandes, algunas de las cuales contenían perlas muy diminutas. Los árboles destilaban incienso.

Plantamos una cruz en la cumbre de una

montaña, que llamamos *Monte Cristo*, después de haber tomado posesión de aquella tierra en nombre del rey de España.

Partimos, en fin, de aquel puerto, y costeando la tierra por 50° 40' de latitud meridional, hallamos un río de agua dulce en el cual entramos. Toda la armada estuvo á pique de perderse allí á causa de los ríos vendavales que reinaban, pero Dios nos salvó de aquel riesgo. Pasamos allí dos meses proveyéndonos de agua, leña, y de unos pescados de dos pies de largo, cubiertos de escamas y muy sabrosos. Antes de dejar este sitio, mandó el general que nos confesáramos y comulgásemos todos como buenos cristianos.

Continuando nuestro rumbo hacia el sur, y hallándonos á 52 grados de latitud meridional, el día 21 de octubre, descubrimos un estrecho que denominamos de las *Once mil Virgenes*, por estarles consagrado aquel día. Este estrecho, como vimos después, tiene 440 millas de largo, ó 110 leguas marítimas de cuatro millas cada una; su anchura es de una media legua, y va á parar á otro mar que llamamos *mar Pacífico*. Dicho estrecho está rodeado de montañas muy altas y cubiertas de nieve; tiene mucha profundidad, y solo pudimos anclar junto á tierra, con 25 ó 30 brazas de agua.

Hallábase tan persuadida toda la tripulación que aquel estrecho no tenía salida al oeste, que nadie se hubiera tomado la molestia de buscarla, á no haberlo dispuesto así el capitán general. Este hombre, tan hábil como instruido, sabía perfectamente que era necesario pasar por un estrecho muy oculto, por haberlo visto representado en un mapa hecho por Martin Behem, que el rey de Portugal guardaba en sus archivos.

Así que entramos en aquellas aguas, que tomamos por una bahía, envió el general á las naos *San Antonio* y *Concepcion*, para ver donde terminaba el estrecho, mientras que nosotros nos quedamos con la *Trinidad* y la *Victoria*, aguardándolos á la entrada.

Por la noche, sobrevino una furiosa tempestad que duró treinta y seis horas y nos obligó á abandonar las áncoras y á dejarnos llevar á la merced del viento y de las olas. Los otros dos buques, tan atormentados como los nuestros, no pudieron doblar el cabo para reunirse con nosotros, de modo que al abandonarse á la voluntad de los vientos, que les empujaban hacia el fondo de lo que ellos creían que era una bahía, esperaban á cada paso estrellarse contra la costa. Pero cuando mas perdidos se creían, vieron una pequeña abertura que tomaron por una ensenada de la bahía; metiéronse por allí, y viendo que el canal aquel no estaba cerrado, continuaron recorriéndolo y se hallaron con otra bahía que les condujo á otro estrecho, y de allí pasaron á otra bahía mayor que las pre-

cedentes. Entonces, en vez de ir mas adelante, determinaron volver atrás para dar cuenta al capitán general de lo que habían visto.

Dos días habían transcurrido ya sin ver aparecer á los dos buques que enviamos á reconocer el fondo de la bahía, de modo que temimos que hubiesen sido sumerjidos á impulsos del huracán; pero al tercero, hallándonos en aquella cruel incertidumbre, les vimos á lo lejos, surcando el mar á todo trapo y viniendo hacia nosotros; así que se acercaron, dispararon las bombardas y prorumpieron en gritos de alegría, á todo lo cual correspondimos nosotros haciendo otro tanto. Luego que supimos el resultado de su exploración nos reunimos con ellos para ir juntos á seguir el mismo rumbo.

Al llegar á la tercera bahía de que he hablado ya, vimos dos salidas ó canales, uno al sudeste y otro al sudoeste. El general envió á las naos *San Antonio* y *Concepcion* al sudeste para que reconociesen si aquel canal iba á parar á un mar abierto. El primero de estos buques partió á toda vela sin querer esperar al segundo, al cual procuró dejar atrás, pues el piloto tenía intención de aprovecharse de la oscuridad de la noche para volverse atrás y regresar á España por el mismo camino que habíamos seguido.

Este piloto, llamado Estéban Gomez, aborrecía á Magallanes, porque cuando este fué á España á proponer á Carlos V. el ir á las Molucas por el oeste, Gomez había pedido y estaba próximo á obtener carabelas para hacer una expedición que hubiera mandado en jefe. Era su objeto hacer nuevos descubrimientos, pero la llegada de Magallanes le hizo perder lo que estaba esperando, y tuvo que contentarse con un empleo subalterno de piloto. Lo que mas le irritaba era el hallarse bajo las órdenes de un portugués, á pesar de ser él mismo portugués también. Durante la noche se puso de acuerdo con los españoles de la tripulación, á quienes li-sonjeaba la idea de volver á su patria, y queriendo oponerse á esta trama Alvaro Mezquita, capitán de la nao y primo hermano del general, dió una estocada á Gomez en la pierna; pero agarrotado por los sublevados, le pusieron grillos y le llevaron así hasta España, adonde llegaron y entraron en Sevilla el 6 de mayo de 1521, habiendo fallecido uno de los gigantes patagones, que llevaban á su bordo, al pasar la línea equinocial, por no poder resistir los calores.

La nao *Concepcion*, que no pudo seguir al *San Antonio*, se limitó á cruzar en el canal, esperando en vano la vuelta de este buque.

Nosotros entramos en el canal del sudoeste con las otras dos naos, es decir, la *Trinidad* y *Victoria* y llegamos á un río que llamamos de las *Sardinias* á causa de la infini-

dad de estos pescados que hallamos. Fondamos allí para esperar á los otros dos buques, y permanecimos cuatro días, durante los cuales enviamos una lancha bien tripulada para que fuese á reconocer el cabo de aquel canal, que debía comunicar con otra mar. Volvieron los tripulantes de esta lancha, al tercer día, y nos anunciaron que habian visto el cabo del canal, donde acababa el estrecho, y á una mar inmensa que era el Océano. Todos lloramos de gozo y pusimos á aquel cabo el nombre de *Deseado*, porque, en efecto, hacía mucho tiempo que deseábamos verle.

Volvíamos atrás para juntarnos con las otras dos naos de la armada, pero no hallamos mas que la *Concepcion*. Preguntamos al piloto Juan Serrano que se había hecho del *San Antonio*, y nos respondió que lo creía perdido, por no haberlo visto desde que embocó el canal. El general dió entonces orden á la *Victoria* para que lo buscase por todas partes, pero mas particularmente por los alrededores de la embocadura del estrecho, y en caso de que no le hallase, que plantase una bandera en un punto muy alto y colocase al pié una olla con una carta que indicase el rumbo que íbamos á seguir. Plantáronse tambien dos señales mas en dos puntos sumamente altos, situado el uno en la primera bahía y el otro en una isleta de la tercera, donde vimos muchos pájaros y lobos marinos. El capitán general esperó, con la *Concepcion*, la vuelta de la *Victoria*, cerca del rio de las Sardinias; hizo plantar allí una cruz en una isleta, al pié de dos montañas cubiertas de nieve, de donde nace aquel rio.

En caso de que no hubiésemos descubierto aquel estrecho para pasar de un mar á otro, tenía resuelto el general continuar su rumbo al sur por 75° de latitud meridional, regiones donde apenas hay noche durante el verano y casi no hay dia en el invierno. Mientras estuvimos en el estrecho, solo tuvimos tres horas de noche, y era en el mes de octubre.

La tierra de aquel estrecho, que está al sudeste, es muy baja. Dímosle el nombre de *estrecho de los Patagones*. A cada media legua se encuentra un puerto seguro, con agua excelente, madera de cedro, sardinias y gran abundancia de conchas. Hay tambien muchas yerbas, unas amargas, pero otras buenas para comer, sobre todo una especie de apio dulce que se cria al rededor de las fuentes. Creo que no hay en el mundo un estrecho mejor que este de que hablo.

En el momento en que entrábamos en el Océano, presenciábamos una caza curiosa que unos pescados hacian á otros. Hay tres especies de estos, es decir, dorados, albicóres y bonitos, los cuales perseguian á otros pescados llamados volantes ó voladores, porque cuando se ven acosados, despliegan las aletas,

saltan fuera del agua y van á caer á un tiro de ballesta. Estos pescados tienen mas de un pié de largo y son un alimento excelente. Antes de la salida del estrecho enfermó el otro gigante patagon que iba en la nao capitana; antes de morir, pidió la cruz que le habíamos enseñado á adorar, besóla y nos rogó que le bautizásemos; hicimoslo así, poniéndole por nombre, Pablo.

El miércoles 28 de noviembre, salimos del estrecho y entramos en el gran mar que denominamos *Pacífico*; navegamos por él tres meses y veinte días sin probar ningun alimento fresco. La galleta que comíamos era un polvo enmohecido y lleno de gusanos, rociado con orines de ratones, lo que le daba un olor repugnante. El agua que bebíamos estaba igualmente corrompida, y para no morir de hambre nos vimos obligados á comer los pedazos de cueros de buey con que habíamos forrado la verga mayor, á fin de que la madera no royese las cuerdas. Las ratas, que tanto repugnan al hombre, las mirábamos como un manjar delicado y llegamos á pagarlas medio ducado cada una.

No era esto lo peor, sino que empezó á acometernos un mal que hacía hinchar las encías de tal modo que la carne cubría los dientes y no dejaba comer. Diez y nueve hombres murieron de esta enfermedad y tuvimos treinta y cinco enfermos con dolores en los brazos, piernas y demás partes del cuerpo, pero quiso Dios que curáran, y su misericordia nos preservó á todos los demás.

Durante este espacio de tiempo, recorrimos 4.000 leguas en aquel mar, que llamamos *Pacífico*, porque durante todo el tiempo de nuestra navegacion en él, no experimentamos ningun temporal. No descubrimos, en todo aquel período de tiempo, ninguna tierra, excepto dos islas desiertas donde solo hallamos pájaros y árboles, razon por la cual las denominamos *Islas Desventuradas*. Tampoco hallamos fondo á lo largo de sus costas y si muchos tiburones. Distan unas 200 leguas una de otra; la primera está á 15 grados de latitud meridional y la segunda á 9. Segun nuestros cálculos, andábamos cada dia de 60 á 70 leguas, y si Dios y su Santísima Madre no nos hubiesen dado una buena navegacion, hubiéramos perecido todos de hambre en aquel estenso mar. No creo que nadie emprenda semejante viaje en lo venidero.

Si hubiésemos continuado navegando hacia el oeste sobre la misma paralela, al salir del estrecho, hubiéramos dado la vuelta al mundo, sin hallar tierra alguna, y regresando al cabo de las Vírgenes por el *Deseado*, pues ambos se hallan á 52 grados de latitud meridional.

El polo antártico no tiene las mismas estrellas que el ártico, pero se ven dos gru-

pitos de estrellas nebulosas, parecidos á dos nubecillas poco distantes una de otra. En medio de estos grupitos de estrellas se perciben dos mayores y mas brillantes cuyo movimiento se nota apenas, é indican el polo antártico. Cuando estuvimos en alta mar, indicó el general á todos los pilotos el punto adonde debian ir, y les preguntó qué camino apuntaban en sus cartas. Todos respondieron que apuntaban segun las órdenes que habian recibido; respondiéles que apuntaban en falso, y les mandó que le rectificasen la aguja, porque nos hallábamnos en el sur, y para buscar el norte no tenia la aguja tanta fuerza como en el norte mismo. En medio del mar descubrimos, al oeste, cinco estrellas muy brillantes colocadas exactamente en forma de cruz.

Navegamos entre el oeste y el noroeste, cuarto noroeste, hasta llegar bajo la línea equinocial á 122 grados de longitud de la *línea de demarcacion*. Esta línea de division está á 30 grados al oeste del meridiano, y el primer meridiano está á tres grados al oeste del cabo Verde.

Pasamos junto á las costas de dos islas muy altas, una de las cuales está á 20 grados de latitud meridional y la otra á 15. La primera se llama Cipangu y la segunda Sumbdit-Pradit.

En cuanto pasamos la línea, navegamos entre el oeste y el noroeste cuarto oeste; corrimos despues 200 leguas al oeste, y mudamos luego de direccion, corriendo á cuarto de sudoeste hasta que nos hallamos á 13 grados de latitud septentrional. Esperábamnos llegar por esta vía al cabo Gaticara, que los cosmógrafos han situado bajo esta latitud, pero equivocadamente, porque se halla 12 grados mas al norte. Hay, sin embargo, que perdonarles este error, porque no visitaron aquellos parajes como nosotros.

Un miércoles, el 6 de marzo, despues de haber recorrido 70 leguas en esta direccion, hallándonos á 12 grados de latitud septentrional y 146 de longitud, descubrimos al noroeste una isleta y luego otras dos al sudeste. La primera era mas elevada y mayor que las demás. El general mandó detenernos en aquella para hacer agua y algunas provisiones, cosas que no pudimos lograr, porque los isleños venían á nuestros buques y nos robaban todo cuanto podian sin que nos fuese posible impedirlo. Llegó su osadía hasta desamarrar una lancha de las naos y llevársela á tierra. El general, irritado, hizo entonces un desembarco con cuarenta hombres armados, quemó unas cincuenta casas, muchas canoas, y les mató siete hombres. De este modo recobró la lancha, pero no creyó prudente detenerse allí despues de aquellos actos hostiles, y continuamos nuestro camino en la misma direccion.

Cuando aquellos salvajes nos vieron partir, nos siguieron en mas de cien canoas enseñándonos pescado como para vendérselo; pero al acercarnos á ellos nos tiraban piedras y se escapaban. Pasamos á toda vela en medio de ellos, pero se nos escabulleron con mucha maña. Vimos en sus canoas á varias mujeres que lloraban y se arrancaban los cabellos, sin duda porque habiamos muerto á sus maridos.

Dichos pueblos no tienen ley ni rey, y no obedecen mas que á su propia voluntad. Los hombres son grandes y bien formados; su tez es aceitunada, llevan barbas y van enteramente desnudos. Las mujeres son bonitas, de buena estatura y menos aceitunadas que los hombres. Van tambien desnudas, cubiertas solamente con un delantal hecho de corteza de palmera, y sus negros cabellos les caen hasta los piés. Sus quehaceres consisten en tejer esteras de palmeras y en las faenas domésticas. Ambos sexos se untan los cabellos y el cuerpo con aceite de coco y de *seseli*. Se alimentan de aves, de pescados voladores, de batatas, de caña de azúcar, y de unos higos largos de medio pié. Sus casas son de madera cubiertas de tablas en las cuales estienden hojas de higuera de cuatro piés de largo. Sus camas compuestas de esteras de palmera, y paja muy delgada son bastante blandas. No tienen mas armas que sus lanzas, hechas con un palo y una espina de pescado en la punta. Son pobres, pero muy diestros y de mucha habilidad para robar; así es que pusimos por nombre á aquellas islas, *islas de los Ladrones*.

Su diversion consiste en pasearse con sus mujeres en canoas semejantes á las gondolas de Fusina, cerca de Venecia, pintadas de negro, de blanco ó encarnado. La vela hecha con hojas de palmera cosidas, tienen la forma de una vela latina. La colocan siempre á un lado y ponen en el otro, para equilibrar y sostener la canoa, una viga puntiaguda por un lado y con estacas atravesadas para sujetarla. De este modo navegan sin peligro. El timón se parece á una pala de panadero. Como no hacen ninguna diferencia entre la proa y la popa, ponen un timón en cada extremo. Estos isleños son muy buenos nadadores y no temen aventurarse en alta mar como los delfines.

Manifestaron tanta sorpresa y admiracion al vernos, que nos pareció que hasta entonces no habian visto mas hombres que los habitantes de sus islas.

El 16 de marzo, al amanecer, nos hallamos cerca de una tierra elevada á 300 leguas de las *islas de los Ladrones*. Aproximándonos mas notamos que era una isla; llámase *Zamal*, y hay detrás de ella otra isleta inhabitada, que, segun supimos despues, se llama

maba *Humunu*. Aquí es donde determinó tomar tierra el general para proveernos de agua y descansar algún tanto despues de un viaje tan largo. Hizo armar dos tiendas al momento, para los enfermos, y mandó que matasen una cochina.

El lunes 18 del mismo mes, por lá tarde, vimos venir hácia nosotros una barca con nueve hombres. El capitán general mandó que nadie hablase ni se moviese sin su permiso. En cuanto llegó á tierra aquella gente, dirijióse su gefe á nuestro general, y le dió á entender por signos el placer que tenia en vernos; cuatro de los mas adornados se quedaron con nosotros, y los demás fueron á buscar á sus compañeros que estaban pescando, volviendo con ellos al cabo de un rato.

Viéndoles tan mansos, les mandó dar de comer el general, y les regaló gorros colorados, espejitos, peines, cascabeles y otras bagatelas. Sumamente satisfechos los isleños de la atención del general, le dieron pescado, un cántaro lleno de vino de palmera que llaman *uraca*, bananas y cocos. Nos dieron á entender por señas que volverían dentro de poco y nos traerían arroz, que llaman *umai*, nueces de coco y otros víveres.

Las nueces de coco son unos frutos de una especie de palmera, de donde sacan el pan, vino, aceite y vinagre que usan. Para sacar el vino hacen una incision en la cima de la palmera, hasta la médula, y sale por allí, gota á gota, un licor que se parece al mosto blanco, aunque algo mas ágrío, el cual recojen en unos canutos de caña. El fruto de esta palmera es del tamaño de la cabeza de un hombre; su primera corteza es verde, tiene dos dedos de espesor, y está compuesta de filamentos que sirven para hacer cuerdas para amarrar las barcas de aquellos naturales; la segunda corteza es mas dura y mas espesa que la de la nuez, y sirve para quemarla y convertirla en polvos para su uso. En lo interior del fruto hay una médula blanca de un dedo de espesor que se come, en vez de pan, con carne ó con pescado. En el centro de la nuez y en medio de esta médula, hay un licor claro y dulce que se coagula y toma la consistencia de la manzana si se le deja descansar en el fondo de un vaso. Para hacer aceite, se toma la nuez cuya médula se mezcla con el licor, y se les deja pudrir juntos; despues se hierva y se convierte en un aceite espeso como manteca. El vinagre se hace esponiendo al sol el licor, que se vuelve tan ágrío como el que se hace en Europa del mismo modo con el vino blanco. Los cocoteros se parecen á las palmeras que producen dátiles, pero los troncos no tienen tantos nudos. Una familia de diez personas puede mantenerse con dos cocoteros. Estos árboles, segun nos dijeron, viven un siglo entero.

Estos isleños se familiarizaron tanto con nosotros que nos dieron cuantos datos quisimos. Nos dijeron que su isla se llamaba *Zuluan*; son corteses y buenos. Para dar una prueba de amistad al general, le condujeron en sus canoas á los almacenes donde tienen sus mercancías, que consistían en clavillo, canela, pimienta, nuez moscada, *macis*, oro, etc. Hiciéronnos entender por señas que los países hácia los cuales nos dirijíamos producían todos aquellos géneros en abundancia. El capitán general les convidó á su vez á ir á bordo de su nao, donde ostentó delante de ellos todo cuanto podía despertar su curiosidad, y mandó disparar una bombardita, lo que les asustó de tal modo que muchos de ellos quisieron echarse al agua; tranquilizóseles completamente y prometieron volver al siguiente día. La isla desierta donde nos hallábamos establecidos, se llama *Humunu* por los insulares, pero nosotros la llamamos la *Aguada de los buenos indicios*, por haber hallado en ella dos fuentes de excelente agua y por haber descubierto los primeros indicios de oro en aquel país. La isla produce tambien coral blanco y unos árboles, cuyo fruto, mas pequeño que las almendras, se parece á los piñones de nuestros pinos. Hay muchas palmeras, y varias de ellas dan frutos excelentes.

Como vimos muchas islas al rededor de nosotros, un dia que era el quinto domingo de cuaresma, las dimos el nombre de *archipiélago de San Lázaro*. Están situadas á 10 grados de latitud septentrional y á 161 de longitud de la línea de demarcacion.

El viernes 22 de aquel mes, cumplieron los isleños su palabra y volvieron con dos canoas llenas de nueces de coco, naranjas, un cántaro de vino de palmera, y un gallo para demostrarnos que tenían gallinas. Les compramos todo cuanto nos trajeron. Su gefe era un anciano con la cara pintada y llevaba pendientes de oro. Los que le acompañaban tenían brazaletes del mismo metal y pañuelos al rededor de la cabeza.

Ocho dias pasamos delante de aquella isla, adonde desembarcaba diariamente el general para ver á los enfermos, á los que llevaba vino de coco que les aliviaba mucho.

Los habitantes de las islas vecinas tienen en las orejas unos agujeros tan grandes, que se podia pasar el brazo por ellos.

Aquellos pueblos son cafres, es decir, gentiles. Van desnudos y solo llevan una especie de delantal de corteza de árbol; varios gefes se cubren con una venda de tela de algodón con bordados de seda en los dos cabos. Son morenos y rechonchos. Se pintan la cara y se untan todo el cuerpo con aceite de coco, para precaverse del sol y del viento, segun dicen. Llevan los cabellos largos; sus armas consisten en cuchillas, broqueles, mazas

y lanzas con puntas de oro. Pescan con dardos, harpones y redes, casi de la misma forma que los nuestros: sus embarcaciones tienen también mucha semejanza con las nuestras.

El lunes santo, 25 de marzo nos hicimos á la vela, y dirigiendo la proa hácia el oeste y sudoeste, pasamos por medio de las cuatro islas llamadas Cenalo, Huinaugan, Husson y Abarien.

El jueves 28 de marzo, vimos durante la noche una luz en una isla, y á la mañana siguiente nos encaminamos allí; cuando estuvimos á corta distancia, vimos venir á una barquita, llamada *boloto*, con ocho hombres. Un esclavo del general, natural de Sumatra, país llamado antiguamente *Taprobana*, les habló en su idioma natal y ellos le entendieron, pero no quisieron subir á bordo, muy al contrario, manifestaron cierto recelo de nosotros. Viendo su desconfianza el general, les arrojó un gorro encarnado y otras bagatelas que ellos tomaron con visible alegría, pero se marcharon en seguida; después supimos que se fueron á advertir á su rey de nuestra llegada.

Dos horas después, vimos venir dos *balangais* (nombre que dan á sus barcas mayores) llenos de gente. Venía el rey en uno de ellos, debajo de una especie de pàlio hecho con esteras. Cuando llegó cerca de nosotros, le dirigió la palabra el esclavo del general, y el rey le entendió perfectamente, porque los soberanos de aquellas islas hablan muchos idiomas. Mandó á varios de los suyos que subiesen á nuestro bordo, pero él permaneció en su *balangai*, y en cuanto regresaron los suyos, se marchó.

El general acogió con mucha amabilidad á los que subieron á bordo y les hizo varios regalos. El rey queriendo corresponder, ofreció al general una barra de oro y un canasto de gengibre, pero este le dió las gracias sin aceptarlo. Al anochecer fuimos á anclar cerca de la casa del rey.

Al siguiente día, envió el general á tierra al esclavo que le servía de intérprete, para que dijese al rey que si quería vendernos algunos víveres, se los pagaríamos bien, pues léjos de haber ido allí con ánimo hostil, deseábamos ser sus amigos. Al oír esto el rey, vino en persona á bordo, en nuestra misma lancha, con seis ú ocho de sus principales súbditos. Dió un abrazo al general y le regaló tres jarros de porcelana llenos de arroz, y dos pescados muy grandes, con otras varias cosas. El general, á su vez, le dió una chaqueta de paño encarnado y amarillo hecha á la turca, y un gorro fino de escarlata; hizo también algunos regalos á los que iban con él y les convidó á almorzar á todos. El esclavo intérprete dijo al rey que el general quería que viviesen como hermanos, lo que llenó de alegría á aquel régulo.

Enseñáronles después todo lo que había á bordo, armas, instrumentos y mercancías, lo cual les llenó de admiración. El estruendo de las bombardas le asustó, y á los demás isleños también. Examinó detenidamente cada arma por separado, y se hizo explicar el uso y el manejo.

Luego le condujeron á la cámara del capitán, donde le enseñaron y explicaron la carta marina y la brújula, demostrándole, con ayuda del intérprete, por qué medios se había hallado el estrecho para llegar á aquellos mares, y las lunas que habíamos pasado sin percibir tierra alguna.

Pasmado el rey de cuanto oía y veía, se despidió del capitán, rogándole que le enviase dos de los suyos para que á su vez les enseñase algunas particularidades de su país. El general me nombró á mi con otro compañero para que acompañásemos al rey.

En el momento en que pusimos el pié en tierra, levantó las manos al cielo y se volvió hácia nosotros. Imitámosle todos, y después nos fuimos debajo de un cobertizo hecho de cañas, donde había un *balangai* de cincuenta piés de largo, y nos sentamos en la popa, procurando hacernos entender por señas, por no tener intérprete. Los de la comitiva del rey permanecían en pié, armados con lanzas y escudos.

Sirviéronnos un plato de carne de cerdo, con un cántaro lleno de vino; á cada boca o bebíamos una escudilla de este licor, y si dejábamos algún resto, lo echaban en un barreño antes de volver á llenarlas. Nadie se atrevía á tocar á la escudilla del rey, excepto yo. A pesar de ser viernes santo, no pude menos de comer carne.

Antes de cenar, presenté al rey varias cosas que había llevado conmigo, y le pregunté el nombre de muchos objetos en la lengua del país; grande fué la sorpresa de todos cuando me vieron escribir.

A la hora de cenar, trajeron dos grandes platos de porcelana, uno con arroz y otro con carne de cerdo guisada; bebimos en las mismas escudillas que en la comida, y cuando acabamos fuimos al palacio del rey, que tiene la forma de una hacina de heno, cubierto con hojas de bananero y construido sobre cuatro vigas bastante altas; se sube por una escalera de mano.

Cuando llegamos á la estancia real, nos mandó el rey sentar en el suelo con las piernas cruzadas. Media hora después trajeron un plato de pescado asado, cortado á pedazos, gengibre y vino. El hijo mayor del rey, que no habíamos visto hasta entonces, fué á sentarse al lado de su padre y mío. Sirviéronnos dos platos más, uno de pescado y otro de arroz, los que comimos en compañía del príncipe heredero. Mi compañero bebió descomedidamente y se embriagó.

Sus candelas están hechas con una especie de goma, resina de un árbol que llaman *anima*, envuelta en hojas secas de palmera ó higuera.

Cuando el rey quiso acostarse, nos hizo seña para que nos fuésemos, y nosotros dormimos aquella noche al lado de su hijo, en una estera de hojas de caña con almohadas de hojas.

Al siguiente día, vino el rey á buscar-nos para almorzar con él, pero, habiendo visto á nuestra lancha que nos estaba esperando para volver á bordo, le dimos las gracias y nos embarcamos despues de habernos besado mutuamente las manos.

Su hermano, que era rey de otra isla, se vino con nosotros acompañado por tres hombres. El capitán general le convidó á comer y le regaló varias bagatelas.

Este rey nos dijo que en su isla habia pedazos de oro gruesos como nueces y aun como huevos, mezclados con tierra; y que todos los cacharros y adornos de su casa eran de aquel metal. Iba vestido con bastante desencia: era de hermoso aspecto, sus negros cabellos le caían por encima de los hombros, llevaba pendientes de oro y la cabeza envuelta en un velo de seda. Ceñía una especie de daga ó espada con puño de oro y vaina de madera muy bien labrada. En cada uno de sus dientes se veían tres manchas de oro de modo que parecía que toda la dentadura estaba atada con este metal. Iba perfumado de estoraque y benjuí, y se pintaba el cutis.

Su permanencia ordinaria es en una isla en donde se hallan los países de Butuan y Calagan, pero cuando dos reyes quieren conferenciar, se juntan en la isla de Masana que era donde estábamos. El primero de dichos reyes se llama rajah Colambu, y el segundo rajah Saigu.

El día de Pascua, que era el último del mes de marzo, el capitán general envió desde por la mañana á tierra, al limosnero y á algunos hombres para hacer los preparativos necesarios para decir misa. Envío al mismo tiempo al esclavo intérprete para que notificase al rey que íbamos á su isla, no para comer, sino para cumplir con una ceremonia de nuestro culto; el rey le aprobó todo y nos mandó dos cerdos que habia matado.

Desembarcamos cincuenta, medio armados, y vestidos decentemente. En cuanto llegaron las lanchas á tierra, se dispararon seis bombardas en señal de paz. Al saltar en tierra, salieron á recibirnos los dos reyes, que dieron un abrazo al general y le pusieron en medio de ambos.

Llegamos así al sitio donde debia decirse la misa, y antes de empezar, el general roció á los dos soberanos con agua de almizcle. En la oblacion, besaron la cruz, como

nosotros, pero no hicieron ofrenda. Al alzar á Dios, adoraron la eucaristía, imitando todo cuanto hacíamos nosotros. Los buques, advertidos con una seña, hicieron en este momento una salva general, y despues de la misa, muchos de los nuestros comulgaron.

El general mandó traer en seguida una gran cruz guarnecida con los clavos, y la corona de espinas, ante la cual nos arrodillamos lo mismo que los isleños. El intérprete dijo á los reyes, de parte del capitán, que aquella cruz era el estandarte que le habia confiado su emperador para que la plantase en todas partes donde llegase; que por consiguiente queria dejar una allí, para que cuando arribase á la isla algun buque europeo, supiese que habíamos sido recibidos como amigos, y tratase del mismo modo á los naturales, respetando personas y haciendas. Añadió que era preciso poner esta cruz en el paraje mas elevado para que todo el mundo la viese, y cada mañana debian adorarla. Los reyes le prometieron, por medio del intérprete, cumplir exáctamente todo cuanto les encargaba el general.

Preguntámosles si eran moros ó gentiles: respondieron que no adoraban ningun objeto terrestre, pero levantando las manos al cielo, dieron á entender que reconocian á un ser supremo á quien daban el nombre de *Abba*, lo que llenó de satisfaccion al general. Este dijo al rey que si tenia algun enemigo, iríamos á combatirlo con nuestros buques. Respondió el soberano isleño que, en efecto, se hallaban en guerra abierta con los habitantes de dos islas vecinas, pero que no siendo tiempo á propósito para atacarles, no podia aceptar su generoso ofrecimiento.

Regresamos á bordo, y por la tarde volvimos á tierra y fuimos, en compañía de los régulos, á plantar la cruz en la montaña elevada de las cercanías. El capitán dió á conocer á los isleños las ventajas que sacarían conservando aquel emblema de salvacion, ante el cual nos arrodillamos todos los circunstantes. Al bajar de la montaña, atravesamos muchos campos cultivados y fuimos al paraje donde estaba el balangai, donde los reyes nos sirvieron varios refrescos.

Preguntó el general, cual era el puerto de aquellas cercanías mas á propósito para abastecer la armada y comerciar. Respondieronle que habia tres, á saber: Ceylon, Zebú y Calagan, pero que Zebú era el mejor; viendo que estaba resuelto á ir allí, le ofrecieron pilotos para guiarle. Habiendo terminado ya la ceremonia de la adoracion de la cruz, fijó el general el siguiente día para nuestra partida, y propuso á los reyes dejarles rehenes para responder del regreso de los pilotos que debian conducirnos, lo cual aceptaron.

A la mañana siguiente, hallándonos á punto

de levantar el áncora, nos mandó á decir el rey Colambu que de buena gana vendría él mismo en persona á servirnos de piloto, pero que no podría hacerlo hasta dentro de algunos dias, por hallarse ocupado en la cosecha de arroz y otros productos de la tierra; al mismo tiempo rogaba al general que le enviase á algunos hombres de su tripulacion para ayudarle y acabar mas pronto aquellas labores. El general le envió, en efecto, á varios marineros, y en el espacio de dos dias, concluyeron la tarea de la cosecha.

Siete dias pasamos en aquella isla, durante los cuales pudimos observar las costumbres de sus habitantes. Se pintan el cuerpo, van casi desnudos y solo se tapan con un pedazo de tela, y las mujeres llevan unas enaguas cortas, hasta las rodillas. Todos llevan pendientes y los cabellos largos. Son grandes bebedores y mascan continuamente una fruta llamada *areca*, parecida á una pera. La isla produce gallinas, cabras, cerdos, perros y gatos; en la parte vegetal hay arroz, mijo, maiz, nueces de coco, naranjas, limones, plátanos, gengibre y cera.

El oro abunda, como lo prueban dos hechos de que he sido testigo. Un hombre nos trajo una olla llena de arroz y otra de higos, y nos pidió en cambio un cuchillo. El general, en vez del cuchillo, le ofreció algunas monedas de oro, que el isleño despreció y prefirió el cuchillo. Otro habitante vino á ofrecernos una barra de oro macizo por cinco ó seis granos de cristal; pero el general prohibió espresamente que hiciésemos este cambio, para que no diésemos á entender á aquellos habitantes que estimábamos mas su oro que nuestras mercancías.

La isla de Masana está á 9° 40' de latitud norte y á 162 grados de longitud occidental de la línea de demarcacion. Dista 25 leguas de la isla de Humunu.

Dirijiéndose de allí al sudoeste, pasamos en medio de cinco islas que se llaman Zeylon, Bobol, Canigan, Baybay y Catigan. En esta última vimos unos murciélagos grandes como águilas. Matamos uno, le comimos y hallamos que tenia el sabor de gallina. Vimos tambien pichones, tórtolas, papagayos y otras aves. De Masana á Gatigan hay unas 20 leguas.

De Gatigan hicimos rumbo hácia el oeste, y como el rey de Masana, que quiso ser nuestro piloto, no podia seguirnos con su piragua, le esperamos cerca de tres islas llamadas Polo, Ticohon y Pozon. Así que llegó le hicimos subir á bordo con algunos de los suyos, lo cual le puso muy contento, y nos dirigimos á la isla de Zebú. De Gatigan á Zebú hay 15 leguas.

Entramos en Zebú el domingo 7 de abril, pasando antes por delante de varios pueblecitos cuyas casas están construidas encima de los árboles. Cuando estuvimos cerca de

la ciudad, enarbolamos todas las banderas, amainamos las velas é hicimos una descarga general de artillería que alarmó en gran manera á la poblacion.

El general envió despues á uno de sus alumnos, como embajador cerca del rey de Zebú, en compañía del intérprete. Al llegar á la isla hallaron al rey rodeado de un pueblo inmenso, muy alarmado con las descargas de artillería que habian oido; pero el intérprete le tranquilizó, diciéndole que aquel estruendo era, segun nuestras costumbres, un saludo en señal de paz y amistad para honrar al mismo tiempo al rey de la isla. Esta satisfaccion calmó á todo el mundo.

Aquel régulo mandó á su ministro que preguntase á nuestro intérprete, qué móvil nos llevaba á su isla y que era lo que queríamos. Contestó el intérprete, que su amo, el comandante de la armada, era general al servicio del mayor rey de la tierra, y que el objeto de nuestro viaje era el ir á Maluco; pero que habiéndonos hecho el rey de Masana muchos elogios de Zebú y de su soberano, habíamos ido allí para visitarle, refrescar los víveres y cambiar al mismo tiempo nuestras mercancías.

El rey les dió la bienvenida, pero les advirtió al mismo tiempo que todas las embarcaciones que entraban en su puerto para traficar, debian empezar pagándole un derecho, y en prueba de ello, añadió, no hacia aun cuatro dias que lo habia pagado un junco de Siam que fué allá para cargar esclavos y oro; luego llamó á un mercader moro procedente del mismo Siam, para que confirmase con su testimonio cuanto habia dicho.

Respondióle el intérprete que siendo su amo capitan de un rey tan grande, no pagaría ningun derecho á nadie; que si el rey de Zebú quería la paz, tendría paz, pero que si quería guerra, se le haría la guerra. Acercándose entonces al rey el mercader de Siam, le dijo en su lenguaje: *Cata rajah chita*; es decir: «Señor, tened cuidado. Esa gente (nos creía portugueses) son los que han conquistado á Calicut, Malaca y todas las grandes Indias.» Pero el intérprete que entendió estas palabras, dijo que su rey era muy superior en ejercitos y armadas al rey de Portugal, de quien quiso hablar el moro de Siam; que era el rey de España y el emperador de todo el mundo cristiano, y que si en vez de querer ser su amigo, hubiese preferido ser su enemigo, habria enviado un número considerable de hombres y buques, capaces de destruir su isla entera. Confirmó el moro cuanto acababa de decir el intérprete y el rey viéndose perplejo dijo que iba á consultar con los suyos y al dia siguiente daría contestacion. Entretanto, mandó servir á los dos emisarios un almuerzo compuesto de muchos platos de carne, servidos en fuentes de porcelana.

Al volver á bordo, así que hubieron almorzado, nuestros diputados dieron cuenta al general del resultado de su misión, y el rey de Masana, que era el soberano más poderoso de aquellas islas, después del de Zebú, fué en persona á tierra para anunciar las buenas disposiciones del capitán general.

Al siguiente día, volvió á Zebú el intérprete acompañado del escribiente de nuestro buque. El rey salió á recibirles, rodeado de sus cortesanos. Mandóles sentar, y les dijo que estando convencido de todo cuanto había oído, no solo renunciaba á todo derecho, sino que estaba pronto, si así se exigía, á constituirse en tributario del emperador. Respondieronle que no se les exigía más derecho que el comercio esclusivo de la isla, á lo cual consintió el rey, y les encargó que asegurasen al general que si quería ser verdaderamente su amigo, no tenía más que sacarse un poco de sangre del brazo derecho y enviársela; que él haría lo propio, y quedaría así cimentada entre ambos una amistad sincera y sólida. El intérprete le prometió que se haría tal como lo deseaba. Añadió el rey que todos los capitanes amigos que iban á su puerto le hacían algunos presentes, y él después les enviaba otros por su parte, pero que dejaba al capitán árbitro de dar ó recibir el primero. Nuestro intérprete le dijo que ya que daba tanta importancia á este uso, que empezase cuando quisiese, y el rey consintió en ello.

El martes, por la mañana, vino á bordo el régulo de Masana con el mercader moro, y después de haber saludado al capitán de parte del rey de Zebú, le dijo que aquel soberano estaba ocupado en hacer acopio de cuantos viveres pudiese juntar, y que por la tarde le enviaría á su sobrino con algunos de sus ministros para cimentar la paz. Dióles las gracias el capitán y les enseñó un hombre armado de piés á cabeza, diciéndoles que si era preciso combatir, iríamos todos armados del mismo modo. Asustóse el moro viendo nuestra armadura, pero el capitán le tranquilizó, diciéndoles que nuestras armas eran tan útiles á nuestros amigos como fatales para nuestros enemigos, y que nos era tan fácil arrollar á los enemigos de nuestro rey y nuestra fé, como el enjugarnos el sudor de la frente con el pañuelo. Habló así el capitán para que el moro se le repitiese al rey de Zebú.

Por la tarde, vino en efecto el sobrino del rey y presunto heredero de la corona, con el rey de Masana, el moro, el gobernador y el preboste mayor, con ocho gefes de la isla, á hacer un tratado de paz y alianza con nosotros. Recibiólos el capitán con mucha dignidad; sentóse en un sillón de terciopelo encarnado, dando sillas de la misma tela al rey de Masana y al príncipe; los gefes se sentaron en sillas de cuero y los demás en esteras.

Preguntó el capitán por medio del intérprete, si era allí costumbre hacer los tratados en público, y si el príncipe y el rey de Masana tenían los poderes necesarios para estipular un tratado de alianza con él. Respondieron que estaban competentemente autorizados y que se podía hablar delante del pueblo. Entonces el capitán les hizo comprender todas las ventajas de aquella alianza, rogó á Dios que la confirmase en el cielo, y añadió otras muchas cosas que inspiró á aquella gente amor y respeto hácia nuestra religion.

Preguntó también el capitán si tenía el rey hijos varones, y le respondieron que no tenía más que hijas, de las cuales la mayor estaba casada con su primo, el príncipe allí presente, siendo heredero del trono en virtud de este matrimonio. Hablando de la sucesión á la corona, nos hicieron saber que cuando los padres llegan á cierta edad, pierden toda consideración y pasa el poder á los hijos. Esta costumbre escandalizó al capitán, quien la condenó en nombre de Dios, criador del cielo y de la tierra, que manda espresamente honrar padre y madre so pena de castigar con el infierno á los que infrinjan este precepto. Con este motivo añadió varios pasajes de los principales de la historia sagrada, que produjeron suma impresión en el ánimo de aquellos insulares y les dieron vivos deseos de conocer los principios de nuestra religion; á este fin, rogaron al general que, después de su partida, les dejase á uno ó dos hombres capaces de enseñarles la doctrina cristiana, los cuales serian tratados con toda consideración. Pero el capitán les hizo comprender que lo más esencial en aquel momento era recibir el bautismo, cosa que podía hacerse antes de partir; díjoles que no le era dable dejarles hombre alguno, pero que volvería algún día y les llevaría frailes y clérigos para que les instruyesen en nuestra santa religion. Mostráronse muy complacidos con este discurso y prometieron hacerse bautizar en cuanto hubiesen consultado con su rey. Se les previno que no lo hiciesen por fuerza, pues el objeto de nuestro viaje no era el de violentar la fé de nadie, aunque no por eso dejaríamos de dar á conocer la verdad; respondieron ellos que querian hacerse cristianos por su voluntad, y que sus mujeres é hijos se bautizarian también. En fin, aquellos isleños se mostraron tan decididos á abrazar nuestra santa religion, que el capitán conmovido dió á todos un estrecho abrazo, y tomando las manos del príncipe heredero y las del rey de Masana, dijo que, «en nombre de la fé que tenía en Dios y en el de la fidelidad que debía al emperador, su señor, y por el hábito que llevaba, establecía y prometía una paz perpetua entre el rey de España y el de Zebú.» Los dos embajadores hicieron igual promesa.

Acabada la ceremonia se sirvió de almorzar,

y los indios presentaron al capitán, de parte del rey de Zebú, grandes canastos de arroz, cerdos, cabras y gallinas, escusándose por la pequeñez del regalo. El capitán, por su parte, hizo también varios presentes al príncipe heredero, al rey de Masana y á los que les acompañaban.

Poco después que partieron los isleños, me envió el general, con otro compañero, para llevar al rey de Zebú los presentes que le estaban destinados: consistían estos en una chaqueta de seda amarilla y morada hecha á la turca, un bonete encarnado, cristalinas y cuentas de vidrio, todo colocado en unas bandejas de plata, con dos tazas de cristal dorado.

Llegamos á la ciudad y hallamos al rey en su palacio con un gran acompañamiento, sentado en el suelo sobre una estera de palmera, sin más vestidos que un delantal de algodón, un velo bordado al rededor de la cabeza, y por adornos un collar de gran precio y dos aretes de oro. Era pequeño, rechoncho, y su cuerpo estaba lleno de pinturas hechas con fuego.

Después de haberle saludado, le dijo el intérprete que el general, su amo, le daba las gracias por los regalos que le había enviado, y que en cambio le rogaba que aceptase aquellas frioleras en señal de la amistad que venía á contraer con él. Después de este preámbulo le metimos la chaqueta, pusimosle el gorro y le presentamos las bandejas. Todo lo recibió con agrado y nos convidó á comer huevos de tortuga y á beber vino de palmera. Mientras estábamos comiendo, le refirieron su sobrino y el rey de Masana, todo cuanto había dicho el general tocante á la paz y las exortaciones que les hizo para que abrazasen el cristianismo.

Al anoecer, nos llevó á su propia casa el príncipe heredero, y hallamos allí á cuatro muchachas que estaban tocando la música, á su modo, en unos panderos metálicos que agitaban, dos de ellas con las manos, otra golpeaba en ellos con unos palillos, y la cuarta los batía alternativamente uno contra otro. Estos panderos producían un sonido muy suave, y las ejecutantes llevaban tan bien el compás, que daban pruebas de una gran inteligencia en la música. Las muchachas eran muy bonitas, casi tan blancas como nuestras europeas, y cubiertas solamente con un pedazo de corteza de árbol desde la cintura á las rodillas. Después de haber merendado en casa del príncipe, nos volvimos á bordo.

Habiendo muerto uno de los nuestros durante la noche, volví á ver al rey con el intérprete, el miércoles por la mañana, para pedirle el permiso de enterrarle; contestó que puesto que el general podía disponer de él y de sus súbditos, con mayor motivo podía

disponer de sus tierras. Añadimos que debíamos consagrar el sitio de la sepultura y plantar una cruz en él; el rey no solo consintió, sino que prometió adorar la cruz.

Consagramos, en efecto, lo mejor que pudimos el sitio destinado para servir de cementerio á los cristianos, según el rito de la Iglesia, para que tuviesen los indios buena opinión de nosotros, y enterramos á dos muertos, por haber fallecido otro durante el día.

Habiendo desembarcado aquel día nuestras mercancías, las depositamos en una casa que tomó el rey bajo su protección, así como á los cuatro hombres que envió el general para comerciar. Es aquel pueblo amante de la justicia y tiene sus balanzas, pesos y medidas de capacidad. Les gustan los placeres y la ociosidad. Ya he dicho de que modo tocan el pandero las muchachas; añadiré que tocan también una especie de caramillo, parecido al nuestro, al que llaman *subin*. Los hombres tocan una especie de violín con cuerdas metálicas.

Sus casas están construidas con vigas, tablas y cañas; se dividen en varias piezas como las nuestras. Se hallan edificadas sobre estacas, de manera que debajo dejan un espacio que sirve de gallinero y establo.

El viernes, abrimos nuestro almacén y espusimos las mercancías, que los isleños miraban pasmados. Nos daban oro por hierro, bronce y otros metales comunes. Las alhajas y otros objetos de poco tamaño, se vendían por arroz, cerdos, cabras y otros comestibles. Por catorce libras de hierro, llegaron á ofrecernos diez piezas de oro, del valor de ducado y medio cada una. El general prohibió apresurarse en obtener oro; sin esta orden cada marinero habría vendido cuanto poseía para proporcionarse aquel metal, lo que habría arruinado para siempre nuestro comercio.

Habiendo prometido el rey al general, abrazar la religión cristiana, se señaló el domingo 14 de abril para esta ceremonia. Levantóse con este objeto un tablado cubierto con tapices y ramas de palmera, en el sitio que habíamos consagrado, y desembarcamos unos cuarenta con el estandarte real llevado por dos hombres armados de pies á cabeza. Una salva de artillería anunció nuestro desembarco. El rey y el general se dieron un abrazo y subieron al tablado, donde habían colocado, para ellos, dos sillas cubiertas de terciopelo azul. Los isleños de alguna categoría se sentaron en unos almohadones y los demás en esteras.

Dijo entonces el capitán al rey, que entre las muchas ventajas de que iba á gozar, siendo cristiano, tendría la de vencer más fácilmente á sus enemigos. Respondió el régulo que se alegraba mucho de ser cristiano, aun sin esta circunstancia, pero que desearía hacerse res-

petar de ciertos jefes de la isla que reusaban someterse, alegando que eran tan hombres como él. El general les mandó decir por medio del intérprete que si no reconocían por soberano al rey de Zebú, les haría matar á todos y daría sus bienes á aquel monarca. Al oír esta amenaza, prometieron todos vassallaje.

El general, por su parte, prometió al rey que volvería de España con fuerzas considerables y le haría ser el rey mas poderoso de aquellas islas, en recompensa de haber sido el primero en abrazar el cristianismo. Pidióle al rey algunos de nosotros para que se quedasen allí para instruirles en la religion cristiana, y el capitán se lo prometió con tal que le diese á su vez á dos de los principales habitantes de la isla para llevarlos á España, instruirlos allí y devolverlos luego á su tierra.

Plantamos una cruz en medio de la plaza, é hicimos pregonar que cualquiera que quiciera abrazar la religion cristiana, debía destruir á sus ídolos y adorar la cruz en su lugar. Habiendo consentido todos en ello, se bautizaron á unas quinientas personas, entre ellas al rey de Zebú, que se llamó *Cárlos*, como el emperador, al sobrino de este, al rey de Masana, al móro de Siam y á la reina de Zebú. Presentamos á esta última una pequeña estatua de la Virgen y la adoró, pidiéndonosla despues para ponerla en el lugar donde habian destruido á sus ídolos. Dimos á esta princesa el nombre de Juana, en conmemoracion de la madre del emperador, y al siguiente dia bautizamos á cerca de ochocientas personas mas, entre ellas á la mujer del príncipe heredero, á quien dimos por nombre Catalina, y á la reina de Masana que llamamos Isabel.

Todos los habitantes de Zebú y de la islas vecinas recibieron el bautismo. Solo una aldea rehusó obedecer al rey, y la quemamos, plantando una cruz en el solar. Si en vez de ser idólatras hubiesen sido musulmanes los habitantes de aquella aldea, hubiéramos plantado una columna de piedra para recordar la dureza de su corazon.

Todos los dias bajaba á tierra el general para oír misa, y como iban tambien gran número de los nuevos cristianos, se les leía una especie de catecismo, esplicándoles muchos puntos de nuestra religion.

Para que el rey fuese mas respetado y mejor obedecido que hasta entonces, mandó el capitán que viniese un dia á misa con un manto de seda blanca que le regaló, y habiendo hecho comparecer á sus dos hermanos y á la mayoría de los gefes de la isla, exigió que prestasen juramento de obediencia al rey, lo que ejecutaron todos, besándole la mano.

En seguida el general hizo jurar al rey de Zebú sumision y fidelidad al rey de España,

añadiendo que debía morir antes que quebrantar su juramento. El rey se lo prometió, y para darle una prenda de aprecio y de admiracion, le regaló dos pendientes de oro bastante grandes, dos brazaletes del mismo metal y dos anillos igualmente de oro para los piés; todas estas joyas estaban engastadas de piedras preciosas y constituye el mayor adorno de los soberanos de aquellas regiones, que van siempre descalzos y desnudos con solo un delantal de lienzo.

Mandó el capitán al rey y á todos los demás cristianos nuevos que quemasen sus ídolos; prometieronlo así, pero viendo que, lejos de apresurarse á hacerlo, les continuaban haciendo sacrificios de carnes, segun el antiguo uso, les dió una severa reprehension y reiteró el mandato. Escusáronse los amonestados diciendo que hacían aquellos sacrificios por un pobre enfermo á quien creían que los ídolos restituirían la salud. Era este enfermo un hermano del príncipe que pasaba por el hombre mas cuerdo y mas valiente de la isla; su enfermedad se había agrabado en términos que hacía cuatro dias que había perdido el habla.

El capitán les dijo que si era verdadera la fé que tenían en Jesucristo, quemasen á los ídolos al momento y bautizasen al enfermo, que así se pondría bueno. Añadió que se hallaba tan convencido de lo que decía, que no titubeaba en perder la cabeza en caso de que no sucediera como decía. Prometió el rey someterse á todo, y fuimos á bautizar al enfermo que se hallaba en muy mal estado. Así que acabamos de bautizarle, le preguntó el capitán como se hallaba, y respondió, recobrando el habla de repente, que gracias á Nuestro Señor se hallaba bien. Todos fuimos testigos de este milagro, y el capitán dió fervorosas gracias á Dios. Hizo tomar refrescos al enfermo, le envió un colchon y sábanas, y al cabo de cinco dias se halló enteramente restablecido. Fué su primer cuidado, al levantarse, quemar á todos los ídolos en presencia del rey y de todo el pueblo, y destruir muchos templos que se hallaban en la orilla del mar, donde se reunia el pueblo para comer la carne consagrada á las falsas divinidades. Todos los habitantes aplaudieron estas ejecuciones y se propusieron destruir todos los ídolos de la isla al grito de *¡Viva Castilla!*

Los ídolos de aquel país son de madera, huecos por detrás, con brazos y piernas abiertos y piés levantados; tienen una cara muy ancha y la boca abierta enseñando cuatro dientes tan largos como el javalí.

Los habitantes tienen muchas costumbres supersticiosas, entre otras la *bendicion del marrano*. Consiste esta ceremonia en que dos viejas cada una con una lanza en la mano, traspasan el corazon de un lechon,



en medio de trompetas, timbales, ramas de palmera y de un inmenso gentío; luego las viejas mojan á los circunstantes en la frente con la sangre del cerdo, y todos comen de este animal despues de haberlo asado y purificado. Cuando muere uno de sus gefes, practican tambien una série de ceremonias extravagantes, y lo peor es que duran cinco ó seis dias, durante los cuales y con el calor que hace allí, el cadáver se pudre á pesar de las plantas aromáticas con que lo envuelven.

Se nos aseguró que todas las noches iba un pájaro negro y grande como el cuervo á ponerse en el tejado de las casas, y con sus graznidos asustaba á los perros que no cesaban de ahullar hasta que amanecía.

La isla no carece de víveres; además de los animales citados ya, hay perros y gatos que comen los habitantes; produce arroz, mijo, maiz, naranjas, limones, cañas de azúcar, coco, calabazas, ajos, gengibre, miel, vino de palmera y otros productos. El oro es bastante abundante. La pueblan muchas aldeas y hay en cada una de ellas un gefe y varios personajes sobresalientes entre los habitantes; las aldeas principales son, Cingapola, Mandani, Lalan, Lalutan, Lubucin. Todas ellas nos eran sumisas y nos pagaban una especie de tributo.

Cerca de la isla de Zebú se halla otra que se llama Mactan, con un puerto y una aldea del mismo nombre. Allí era donde estaban fondeados nuestros buques, y donde se hallaba el pueblecito de Bulaia, que quemamos.

El viernes 26 de abril, uno de los gefes de la isla llamado Zula, envió al general á uno de sus hijos con dos cabras y un recado, diciéndole que si no le enviaba todo cuanto le habia prometido, no era culpa suya sino de otro gefe llamado Cilapulapu, que no quería reconocer la autoridad del rey de España; pero que si el general le enviaba solamente una lancha, con algunos hombres armados, se comprometía á batir y á someter á su rival.

En cuanto recibió el capitán este mensaje, se determinó á transportarse allá con tres lanchas; nosotros le suplicamos que no fuese en persona, pero él nos contestó que como buen pastor no debía abandonar á su ganado. El rey cristiano le aconsejó que no emprendiese aquello, porque tenía aviso que los dos reyes que le habian prometido obediencia y el otro cuya aldea habia quemado, estaban ya en Mactan aguardándolo con mas de seis mil hombres. Magallanes no quiso admitir este consejo ni atender á nuestras súplicas; partimos, pues, á media noche, en tres bateles con sesenta hombres armados y cubiertos de cascos y corazas, porque los demás aun estaban enfermos por el hambre que habian padecido en el grande Océano Pacífico. El rey cristiano, vista su determinacion, quiso

acompañarlo con mil hombres que se embarcaron en canoas. Llegaron á Mactan antes de amanecer; era bajamar y no pudieron los bajeles acercarse á la poblacion á tiro de ballesta. Quería Magallanes embestir luego, y el rey amigo le aconsejó que no lo hiciese hasta el dia, porque sabia que tenian hechos muchos hoyos, y en ellos elevadas estacas agudas en gran cantidad, donde su gente perecería; rogóle, en fin, que le dejase acometer primero con sus mil indios, y que favoreciéndole con sus castellanos, tendría la victoria segura; pero Magallanes no lo consintió, y le dijo que se estuviese quieto, mirando como peleábamos.

Aguardamos, sin embargo, á que amaneciera como nos aconsejó el rey de Zebú, y saltamos entonces á tierra con agua hasta la cintura, por no poderse acercar los bateles á la costa, á causa de las rocas y de la bajamar. Dejamos once hombres en las barcas para guardarlas, y quedamos solamente cuarenta y nueve para combatir.

Fuimos á la villa donde no hallamos á nadie, y habiendo pegado fuego á las casas, se presentó un batallon de indios por un lado; estando peleando con él, se descubrió otro por distinta parte, por lo cual se dividieron los nuestros, pero cargaron tanto los enemigos que nos volvimos á juntar. Terrible fué la lucha: peleamos gran parte del dia hasta que los ballesteros no tuvieron mas saetas ni los arcabuceros pólvora. Confiados en la superioridad de su número y mas enfurecidos á la vista de las llamas y de los pocos heridos que les hicimos, nos arrojaban nubes de lanzas, pedruzcos, leños ardiendo y tierra; nuestra posicion era crítica y la defensa harto difícil. Viendo los enemigos que nuestra armadura nos resguardaba de sus tiros las cabezas y el cuerpo, apuntaron á nuestras piernas sus lanzas, piedras y flechas. Una de estas últimas, que estaba envenenada, vino á herir en el muslo á nuestro general Magallanes que nos mandó, al momento, retirar y en buen orden.

Las bombardas que teníamos en los bateles no nos servían para nada, por hallarse estos muy distantes á causa de la bajamar. Ibamos retrocediendo poco á poco sin dejar de pelear, y nos hallábamos ya á un tiro de ballesta de los bateles, cuando los indios, redoblando sus esfuerzos, nos lanzaron tal cantidad de proyectiles, que no pudimos resistirlos. El general, sobre todo, era el blanco de sus tiros y de su ira; una pedrada le arrancó el casco de la cabeza y no por eso cedió, pero un isleño logró darle una lanzada en la frente, y aunque Magallanes le atravesó á su vez con la suya, cargaron sobre éltantos enemigos que sucumbió gloriosamente en su puesto, bajo repetidos golpes de aquellos salvajes. De este modo pereció nuestro guia, nuestra luz y

nuestro sosten. Caido y agoviado bajo el número de sus enemigos, se volvió varias veces hácia nosotros para ver si podíamos salvarlo. Ninguno de nosotros le pudo socorrer ni vengarle, porque todos estábamos heridos de más ó menos consideracion, y puede decirse que debimos la vida á nuestro capitán, porque en cuanto este cayó, todos los isleños se arrojaron sobre él.

Viendo el rey cristiano que Magallanes era muerto y que nosotros, y él después, estábamos á pique de perecer, determinó socorrernos, y fué tan apropósito que pudimos embarcarnos en los bateles y volver á las naos, donde se renovó el sentimiento y llanto de la gente; no solo por lo que queríamos á nuestro general, sino por el concepto que nos merecía á todos; pues con él íbamos de buena gana á cualquiera parte, aunque fuese sufriendo trabajos.

Pero la gloria de Magallanes sobrevivirá á su muerte. Era sufrido, valiente, sóbrio, instruido, leal y buen cristiano. En medio de las mayores adversidades dió constantemente pruebas de perseverancia y grandeza de ánimo. En el mar se condensaba á mayores privaciones que el resto de la tripulacion. Practico en el manejo de cartas náuticas, poseía perfectamente el arte de la navegacion, como lo ha probado dando el primero la vuelta al mundo.

La funesta pelea en que perdió la vida tan esclarecido marino, acaeció un sábado, 27 de abril de 1521, día escogido por nuestro desgraciado capitán, por tener en él una devoción particular. Perecieron con él ocho de los nuestros y cuatro indios bautizados; todos los demás estábamos heridos. Los enemigos, que eran unos 1,500, tuvieron quince muertos vistos, la mayor parte por las bombardas.

Por la tarde, el rey cristiano mandó decir, con nuestro permiso, á los habitantes de Mactán, que si querian devolvernos el cadáver de nuestro malogrado capitán y los de los demás compañeros nuestros, les daríamos todas las mercancías que nos pidiesen; pero nos contestaron que por ningun precio se desharian del cuerpo de un hombre como nuestro general, y que querian guardarle como trofeo de su victoria.

A la noticia de la muerte del general, los que se habian quedado en la ciudad, con objeto de traficar, hicieron transportar al momento sus mercancías á los buques. En cuanto á nosotros, elegimos para reemplazar á Magallanes á Duarte Barbosa, portugués, y á Juan Serrano, español.

Nuestro intérprete, llamado Enrique, que era esclavo de Magallanes y había sido levemente herido en la refriega alegaba siempre este pretesto para no volver más á tierra, adonde era muy necesario para nuestro ser-

vicio, y pasaba todo el día recostado en una estera. Duarte Barbosa, capitán de la nao que mandaba Magallanes, le reprendió agriamente y le dijo que la muerte de su amo no variaba su condicion, y que de vuelta á España le entregaría á doña Beatriz viuda de Magallanes. Amenazóle en seguida con hacerle azotar si no iba á tierra al momento para el servicio de la armada.

Levantóse el esclavo sin hacer caso, al parecer, de las amonestaciones y amenazas del nuevo capitán. Bajó á tierra y fué á verse con el rey cristiano, á quien dijo que íbamos á partir muy en breve, y que si quería seguir sus consejos, podría apoderarse de nuestras naos con todas las mercancías. Escuchóle el rey favorablemente, urdieron ambos una traicion, y volvió á bordo el esclavo, manifestando, al parecer, las mejores disposiciones.

A la mañana siguiente, primero de mayo, mandó á decirnos el rey cristiano que tenia preparado un magnifico presente de piedras preciosas para el rey de España, y para entregárnoslo nos rogaba que fuésemos á comer con él aquel día.

Así lo hicieron veinte y cuatro, entre los cuales se hallaba nuestro astrólogo, llamado San Martino de Sevilla. Yo no fui, ni otros heridos tampoco, por no permitirlo el estado de nuestras heridas. Juan Carvallo y el preboste volvieron inmediatamente á bordo, porque sospecharon la mala fé de los indios.

Apenas llegaron á bordo cuando oimos gritos lamentables; levamos al momento anclas, nos acercamos á la costa y disparamos las bombardas contra las casas. Al poco rato vimos sacar á Juan Serrano y conducirlo hácia la orilla herido y maniatado; nos dijo que no disparásemos mas las bombardas, porque sino le matarian. Preguntámosle el paradero de sus compañeros y del intérprete, y nos respondió que todos habian sido degollados, menos el último porque se pasó á los isleños. Nos suplicó que le rescatásemos con mercancías, pero Juan Carvallo y algunos otros se negaron á ello y no permitieron á los bateles que se acercasen á la orilla, porque con la muerte de los dos gobernadores que habiamos elegido para sustituir á Magallanes, correspondia el mando de la armada á Juan Carvallo, portugués. Por mas que imploró piedad el desgraciado Juan Serrano y aplazó á Carvallo para comparecer ante Dios, este no solo le desoyó, sino que nos mandó alejarnos, sin que desde entonces hayamos vuelto á saber nada del infeliz Serrano.

La isla de Zebú es grande, tiene un buen puerto con dos entradas, una al oeste y otra al este nordeste: se halla á los 10 grados de latitud norte y 154 de longitud de la línea de demarcacion. En esta isla fué donde,

estes de la muerte de Magallanas, obtuvimos datos sobre las islas de Maluco.

Dejamos á Zebú y fuimos á fondear á la punta de otra isla llamada *Bohol*, distante 18 leguas de la primera. Como la tripulación habia quedado diezmada con tantas pérdidas como sufrimos, y no éramos bastantes para tripular tres naos, nos determinamos á quemar una que fué la *Concepcion*, despues de haber transportado á los otros dos todo cuanto podiamos utilizar. Hicimos despues rumbo hácia el sur sudoeste y costeamos una isla llamada Panilomgon, cuyos habitantes son enteramente negros. Proseguimos nuestro camino y llegamos á una isla llamada Butuan donde echamos el ancla. El rey de la isla vino á bordo de nuestra nao, y para darnos una prueba de amistad y alianza, se sacó sangre de la mano izquierda y se pintó con ella el pecho y la lengua; nosotros hicimos la misma ceremonia. Al marcharse al rey le acompañé yo solo para ver la isla; entramos en un río donde vimos á muchos pescadores, desnudos como el rey y solo con un simple delantal, los cuales nos propusieron pescado. Subimos por el río en una canoa, vimos muchas casas en ambas márgenes, y al cabo de dos horas de remar, llegamos á la habitacion del rey, distante una legua de las naos.

Mientras nos preparaban la cena, el rey con dos de sus cortesanos y dos de sus mujeres, bastante bonitas, agotaron un gran vaso de vino de palmera, sin haber comido nada, y haciendo antes de beber las mismas ceremonias que el rey de Masana. La cena se compuso de arroz y de pescado salado, servido en platos de porcelana. El arroz les sirve de pan; le cuecen y amasan hasta que adquiere su consistencia.

Acabada la cena, hizo traer el rey una estera de cañas con otra de palmera y una almohada de hojas; era mi cama, y dormí en ella con uno de los gefes. El rey durmió en otra parte con sus dos mujeres.

Al siguiente dia, fuí á dar una vuelta por la isla mientras preparaban la comida; entré en varias chozas, y las hallé iguales á las de las demás islas que habíamos visitado; ví en ellas muchos utensilios de oro, pero muy pocos víveres. Volví adonde estaba el rey y comí con él siempre pescado y arroz.

Logré hacer comprender al rey, por medio de ademanes, que deseaba ver á la reina. Pareció lisonjeado con mi deseo, y me condujo á la cumbre de una montaña adonde estaba su habitacion. Hícele una reverencia, al entrar, y ella me correspondió con otra. Consistía su ocupacion en hacer esteras de palmera para camas y en tocar el timbal para distraerse. Su servidumbre se componía de muchos esclavos de ambos sexos. Despedímonos de ella

y volvimos á la habitacion del rey, donde comimos cañas de azúcar.

Hallamos en esta isla cerdos, cabras, arroz, gengibre y todo cuanto habíamos visto en las otras, pero lo que mas abunda es el oro. Enseñáronme unos valles, y me dieron á entender por señas que habia en ellos mas oro que cabellos en nuestra cabeza; pero que, no teniendo hierro para beneficiar las minas, sería necesario un gran trabajo, que ellos no querían hacer.

Por la tarde, dije que queria volver á las naos, y el rey y varios de los gefes de la isla quisieron acompañarme en el mimo balangai. Mientras bajábamos por el río ví á nuestra derecha, en un montecillo, á tres hombres ahorcados de un árbol. Pregunté quienes eran, y me respondieron que eran malhechores.

Esta parte de la isla, que se llama Chipit, es una continuacion de la misma tierra que Butuan y Calagan y confina con Masana. El puerto es bastante bueno y se halla á 8 grados de latitud norte, á 167 de longitud de la línea de demarcacion y á 50 leguas de Zebú. Al noroeste se halla la isla de Luzon, distante dos jornadas de allí. Esta última es mas grande, y cada año van allí á comerciar seis ú ocho juncos tripulados por habitantes de unos pueblos llamados lequies. En otro paraje hablaré de Chipit. Cuando nos ausentamos de esta isla, nos dirigimos al oeste sudoeste y fuimos á fondear á una isla casi desierta cuyos habitantes, en muy corto número, son unos moros desterrados de una isla llamada Borneo. Van desnudos, como los de todas aquellas islas, y armados de cerbatanas y aljabas llenas de flechas envenenadas. Tienen tambien puñales con mangos guarnecidos de oro y piedras preciosas, lanzas, porras y corazas hechas con pellejo de búfalo: al vernos nos tomaron por santos ó dioses. Hay en la isla muchos y grandes árboles, pero pocos víveres. Se halla á 7° 30' de latitud septentrional, á 43 leguas de Chipit, y se llama Cuayagan ó Cayagan.

Siguiendo desde esta isla la misma direccion hácia el oeste sudoeste, llegamos á una gran isla bien provista de toda clase de víveres, que fué para nosotros un áncora de salvacion, pues sufrimos tanta hambre durante algun tiempo, que varias veces estuvimos á punto de abandonar nuestras naves y de establecernos en alguna de aquellas tierras para terminar en ella nuestros dias. Esta isla, que se llama Puluan, nos proveyó de cerdos, cabras; gallinas, bananas, nueces de coco, cañas de azúcar, unas raices parecidas á los navos y arroz. De este último se estrae un vino, por medio del alambique, mas fuerte y mejor que el vino de palmera. Fué esta isla para nosotros una verdadera tierra de promision. Está situada á 9° 20' de latitud

septentrional y á 171° 20' de longitud de la demarcacion.

Nos presentamos al rey, que contrajo con nosotros alianza y amistad, y en prueba de ello, habiéndonos pedido un cuchillo, se sacó con él un poco de sangre del pecho y se tocó con ella la frente y la lengua. Nosotros hicimos otro tanto.

Aquellos habitantes van igualmente desnudos y adornados con anillos y pendientes. Casi todos cultivan sus propios campos; tienen cerbatanas, flechas envenenadas muy largas y lanzas. Crian unos gallos muy grandes que domestican y no comen por una especie de supersticion, pero les hacen reunir entre ellos y empeñan grandes apuestas en favor del vencedor.

Dirijiéndonos al sudoeste desde Puluán, reconocimos otra isla despues de haber andado diez leguas. Costeámosla durante un espacio de 50 leguas antes de hallar un fondeadero. Apenas echamos el áncora cuando sobrevino una tempestad, se oscureció el cielo y vimos el fuego de San Telmo encima de nuestros mástiles.

Al dia siguiente, envió el rey á las naos una hermosa piragua que tenia guarnecida de oro la popa y la proa. Ondeaba en esta última un pabellon blanco y azul con un penacho de plumas de pavo real. Dos *almadias* ó barcas de pescar iban detrás de la piragua, y venian en esta ocho ancianos de los principales de la isla y muchos músicos que tocaban la zampoña y el tambor. Los ancianos subieron á bordo de nuestra nao, se sentaron en un tapiz que se les habia preparado, y nos presentaron un vaso lleno de betel y de arce, substancias que mascan continuamente, con flores de azahar y jazmin. Diéronnos tambien dos cajas llenas de gallinas, dos cabras, tres vasos de vino de arroz destilado, y cañas de azúcar. Igual regalo hicieron á la otra nao, y despues de habernos dado un abrazo, se despidieron de nosotros. El vino de arroz es tan claro como el agua, pero tan fuerte que muchos de los nuestros se embriagaron con él; le llaman *arach*.

Tres dias despues nos envió el rey otras tres piraguas doradas y llenas de gente, que dieron la vuelta á las naos al son de timbales y zampoñas. Los hombres nos saludaron con sus gorritos de lienzo, los cuales les tapan apenas la coronilla. Devolvimosles el saludo con una salva de bombardas, y luego nos dieron varios manjares hechos todos con arroz, huevos y miel.

Despues de estos regalos nos dijeron de parte del rey que estaba muy satisfecho de que hubiésemos ido á su isla á hacer provision de agua y leña y que podíamos traficar en ella cuanto quisiésemos. En vista de estas disposiciones, nos determinamos á ir en número de siete, en una de las piraguas, á llevar al-

gunos regalos al rey, á la reina y á los ministros. Consistian estos regalos en vestidos á la turca, brazaletes, gorros encarnados, vidrios dorados, cristalinas, zapatos dorados, una silla forrada de terciopelo, varios cuadernos de papel, etc.

Cuando llegamos á la poblacion nos hicieron esperar dos horas á que llegasen dos elefantes cubiertos de seda y doce hombres, con un plato de porcelana cada uno, para colocar los dones que llevávamos al rey. Montamos en los elefantes precedidos por doce hombres, con los regalos, y llegamos á la casa del gobernador, que nos dió una cena compuesta de muchos y variados manjares. Dormimos aquella noche en colchones de algodón forrados de seda y sábanas de lienzo.

Pasamos la mañana del dia siguiente, sin hacer nada, en casa del gobernador, y á medio dia fuimos al palacio del rey, montados en los mismos elefantes precedidos por los mismos hombres que llevaban los regalos. Desde la casa del gobernador hasta la del rey, estaban todas las calles guardadas por hombres armados con lanzas, espadas y porras.

Entramos con los elefantes en el patio del palacio, donde nos apeamos y subimos en seguida por una escalera, en compañía del gobernador y algunos oficiales, y llegamos á un salon lleno de cortesanos, donde nos sentamos en un tapiz detras de los regalos.

Al cabo de este salon habia otra sala, no tan grande, tapizada de paños de seda, donde descorrieron dos cortinas que dejaron ver dos ventanas que alumbraban la habitacion. Vimos tambien á unos trescientos hombres de la guardia real, armados con puñales. Al extremo de esta segunda sala, habia una puerta cubierta con otra cortina que se descorrió á poco rato y nos permitió ver al rey sentado delante de una mesa, con un niño al lado, y mascando betel. Detrás de él no habia mas que mujeres.

Uno de los cortesanos nos advirtió que no nos era lícito hablar con el rey, pero que si teníamos algo que decirle, podíamos dirijirnos á él, para que á su vez lo transmitiese á un cortesano de una categoría superior, y este al hermano del gobernador que estaba en la sala menor, el cual, por medio de una cerbatana colocada en un agujero de la pared, transmitiria nuestras palabras á uno de los principales oficiales que se hallaban junto al rey para que las pusiese en conocimiento de este.

Nos advirtió igualmente que debíamos hacer tres reverencias al rey, elevando los brazos por encima de nuestras cabezas y levantando ora una pierna, ora otra; hicimos las tres reverencias segun el ceremonial prescrito y en seguida enviamos á decir al rey por boca de tantos intermediarios que perteneciamos al rey de España, el cual deseaba

vivir en paz con él y no le pedia nada mas que poder comerciar en aquella isla.

Respondiéronos que se alegraba mucho de que el rey de España quisiese ser su amigo, y que nos permitia tráfico en su isla y proveernos en ella de leña y agua,

Presentáronle entonces nuestros dones, y él nos mandó dar á cada uno de nosotros paños de oro de seda que nos ponian en el hombro izquierdo: sirviéronnos de almorzar clavillos y canela, y luego corrieron las cortinas y cerraron las ventanas lo que equivalia á decir que nos fuésemos.

Volvimos á subir en nuestros elefantes y nos dirigimos á casa del gobernador, precedidos por siete hombres que llevaban los presentes que el rey nos habia hecho, nosotros recompensamos á estos hombres, dándoles á cada uno un cuchillo.

Al llegar á la casa del gobernador, cenamos en el suelo, sentados en una estera de palmera; la cena constó de mas de treinta manjares diferentes, compuestos de ternera, crespones, gallinas, pavos reales, pescados, arroz, etc. Las cucharas eran de oro, semejantes á las nuestras. A cada plato nos echaban de beber vino Pestinado en una tasa de porcelana.

Dormimos en el mismo sitio que la noche precedente, y hubo durante toda la noche dos velas de cera blanca encendidas, en dos candeleros de plata, y dos grandes lámparas llenas de aceite con cuatro mechas cada una. Dos hombres se mantuvieron en vela para cuidarlas.

Al día siguiente, dos piraguas nos llevaron á bordo.

La ciudad está edificada en el mar, escepto la casa del rey y la de algunos gefes principales. Contiene unos veinte y cinco mil fuegos ó familias. Las casas están hechas con madera y cimentadas sobre enormes leños para preservarlas de la humedad. Cuando crece la marea, las vendedoras de comestibles recorren en barcas la ciudad. Delante de la casa del rey existe una muralla de ladrillo, con barbicanas, á guisa de fortaleza, en la cual hay cincuenta y seis bombardas de bronce y seis de hierro; durante los dos días que pasamos delante de la ciudad, las dispararon varias.

El rey es moro, rechoncho, de unos cincuenta años de edad, y se llama rajah Siripada. Le sirven solo mujeres, y estas son las hijas de los principales personajes de la isla. Nadie puede hablarle sino por los medios que he descrito ya. Tiene diez escribientes ocupados únicamente en escribir lo que dicta, en cortezas de árboles muy delgadas llamadas *chiritales*; no sale de su palacio mas que para ir á caza.

El 29 de julio, por la mañana, vimos acercarse á nuestras naos mas de cien piraguas

divididas en tres divisiones, con otros tantos *tungulis* (llámanse así sus barquillas), y temiendo alguna traicion por parte de aquellos isleños, nos hicimos á la vela con tanta precipitacion que dejamos un áncora abandonada. Crecieron nuestras sospechas al ver que el día anterior habian venido muchas embarcaciones mayores llamadas juncos, á fondear detrás de las naos, lo que nos hizo creer que tenian intencion de atacarnos por todos lados. Fué nuestro primer cuidado el deshacernos de estas embarcaciones haciendo fuego sobre ellas y matándoles mucha gente. Nos apoderamos de cuatro juncos, y otros cuatro encallaron en la costa queriéndose escapar. En uno de los juncos que apresamos se hallaba el hijo del rey de la isla de Luzon, que era capitán general del rey de Borneo y acababa de conquistar, con sus juncos, una isleta llamada Laoc, cerca de la gran Java. En su expedicion la saqueó toda, porque sus habitantes prefirieron obedecer al rey gentil de Java antes que al rey moro de Borneo.

Juan Carvallo, sin consultarnos puso en libertad á este principe, mediante una crecida suma que se le ofreció, si le hubiese conservado prisionero, el rey Siripada nos hubiera dado por su rescate todo cuanto le hubiésemos pedido, pues era el terror de los gentiles, y estos eran enemigos declarados de los moros.

Desde el puerto donde nos hallábamos veíamos tambien otra ciudad, construida igualmente en el mar y mayor que la de los moros. Sus habitantes eran gentiles. La animosidad entre ambos pueblos era tal, que no pasa día en que no tengan un combate. El rey de los gentiles tan poderoso como el rey de los moros es menos orgulloso, de modo que, segun toda apariencia, fuera mas fácil introducir el cristianismo en sus Estados.

Habiendo sabido el rey moro todo el mal que hicimos á sus juncos, se apresuró á noticiarnos por medio de uno de los nuestros, que se habian quedado en tierra para traficar, que aquellas embarcaciones no querian molestarnos en nada, y solo se hallaban allí de paso para ir á combatir á los gentiles. Respondimos al rey que nos probase que era cierto lo que decía, devolviéndonos al hijo de Juan Carvallo y á dos mas que estaban en poder suyo con las mercancías; pero el rey no quiso acceder á ello, de modo que Carvallo pagó con la pérdida de su hijo su avaricia y su mala fé. Conservamos á bordo á diez y seis hombres de los principales de la isla y á tres mujeres para llevarlos á España y presentar las últimas á la reina, pero Carvallo los guardó todos para sí.

Los moros de aquellas islas van desnudos, como todos los habitantes de aquellas regiones. Aprecian mucho el azogue y se lo beben diciendo que conserva la salud y les pre-

serva de enfermedades. Adoran á Mahoma, y observan todas sus leyes y preceptos como los mahometanos del Oriente.

La isla produce alcanfor, y el árbol que lo destila se llama *capor*. También se halla canela, gengibre, mirabolanos, naranjas, limones, cañas de azúcar, melones, calabazas, rábano, cebollas, etc. Hay entre otros animales, elefantes, caballos, búfalos, cerdos, cabras, gallinas, patos, cuervos y otras especies de aves.

Los moros de aquel país tienen una moneda de bronce que agujerean por en medio para ensartarla. En una cara tiene grabadas cuatro letras que son los cuatro caracteres del gran rey de China. La llaman *pici*. Cuando comerciábamos con ellos, nos daban seis tazones de porcelana por un *catil* de azogue; El *catil* es un peso de dos libras. Por un cuaderno de papel nos daban todavía mas. por 160 *catiles* de bronce, nos daban un *bahar* ó sea 203 *catiles* de cera; por 80 *catiles* un *bahar* de *anime*, especie de goma que emplean para alquitranar los buques, por no haber brea en el país. Veinte *tabiles* forman un *catil*. Los géneros que se prefieren son el cobre el azogue, cinabrio, vidrio, lana, lienzo, y sobre todo hierro y anteojos.

Sus mayores embarcaciones son las que se llaman *juncos*, y llevan un cargamento casi tan grande como nuestras naves. Sus mástiles están hechos con cañas, y las velas con cortezas de árboles.

Viendo tanta porcelana en Borneo, quise adquirir algunos datos sobre su fabricacion, y me dijeron que la hacian con una tierra muy blanca que dejan enterrada medio siglo para pulirla, de modo que hay un proverbio en la isla que dice que el padre se entierra para el hijo. Los habitantes creen que si cae una gota de veneno en un vaso de porcelana, se rompe esta al momento.

La isla de Borneo es vastísima; para dar la vuelta, con una embarcacion, se necesitarian tres meses está situada á 5° 15' de latitud septentrional, y á 176° 40' de longitud de la línea de demarcacion.

Partimos de la barra de Borneo á principios de agosto, y tomando el mismo camino por donde habíamos venido, fuimos costeano la isla con buen tiempo, buscando algun puerto para recorrer las naos, pero varó la capitana, y en un dia y su noche dió tantos golpes que parecía hacerse pedazos. A la mañana siguiente, salió á flote con la marea creciente y continuando nuestro rumbo, hallamos un *junco* el 15 de agosto; la gente que iba en él lo abandonó escapándose en tres piraguas; saltamos en él y hallamos mas de treinta mil cocos que se repartieron en los buques. Encontramos en la misma costa una ensenada donde nos vimos obligados á de-

tenernos cuarenta y dos dias recorriendo nuestras naos, por carecer de lo necesario. Hicimoslo lo mejor que pudimos, pero lo que mas nos costó fué el ir á buscar leña á los bosques, porque íbamos descalzos y el terreno estaba cubierto de abrojos.

En esta isla hay muchos jabalies; matamos uno mientras pasaba á nado de una isleta á otra, y medimos su cabeza que tenia dos palmos y medio y dos enormes colmillos. Hay tambien cocodrilos, ostras, conchas y tortugas muy grandes. La carne de una de estas últimas, que cojimos, pesaba 26 libras. Cojimos tambien un pez cuya cabeza, parecida á la del cerdo, tenia dos cuernos, y su cuerpo, revestido de una substancia osea, tenia en medio de la espina una especie de silla.

Vimos tambien árboles cuyas hojas, cuando caen, se mueven como gusanos; son parecidas á las hojas de la morera, y cuando se las toca se escapan. Machacamos algunas y no salió sangre; yo guardé una en una caja durante nueve dias, al cabo de los cuales la abrí y ví que la hoja se paseaba al rededor. Creo que viven del aire.

Al partir de aquella ensenada, hallamos un *junco* que venia de Borneo. Hicimosle seña para que se detuviese, pero viendo que no lo hacia le perseguimos y le apresamos. Hallamos en él al gobernador de Puluán, á su hijo y á su hermano. á quienes exigimos por su rescate cuatrocientas medidas de arroz, veinte cerdos, otras tantas cabras, y ciento cincuenta gallinas. Nos dió todo cuanto le pedimos, añadiendo además, como regalo, cocos, bananas, cañas de azúcar y muchos cántaros de vino de palmera. Para corresponder á su generosidad, le devolvimos la mayor parte de los puñales y fusiles, y le regalamos un estandarte y un vestido de damasco amarillo; hicimos tambien varios presentes á su hijo, á su hermano y á cuantos estaban con ellos, de modo que nos separamos buenos amigos.

Volvimos hácia atrás para pasar otra vez entre la isla de Caguayan y el puerto de Chipit, navegando al este cuarto sudoeste, para buscar las islas Molucas. Pasamos cerca de unos islotes cuyas costas están cubiertas de algas, á pesar de haber allí mucho fondo, y dejando Chipit hácia el este, reconocimos al oeste las dos islas de Zolo y Taghima, donde se nos dijo que se pescaban las perlas mas hermosas del mundo. Dicen que el rey de Borneo posee dos como huevos, pescadas en Solo, y las obtuvo en dote cuando se casó con la hija del rey de esta isla.

Continuando nuestro rumbo hácia el este cuarto nordeste, costeamos dos caseríos llamados Cavit y Subanin, y pasamos cerca de una isla cuyo nombre es Monoripa; dista unas diez leguas de los caseríos de que acabo de hablar.

Las aldeas de Cavit y Subanin están en las islas de Butuan y Calagan, donde se cría la mejor canela. Si hubiésemos podido detenernos algún tiempo allí, habríamos cargado de ella nuestras naos, pero no quisimos perder tiempo para aprovechar del viento, pues teníamos que doblar un cabo y pasar algunos islotes, y nos dieron diez y siete libras de canela por dos cuchillos de los que recogimos al gobernador de Puluán.

Habiendo tenido proporcion de ver allí el árbol de la *canela* ó *cinamomo*, voy á dar una suscinta descripción de él. Es semejante al granado de España, nace en lugares secos, formando varas largas, y no dá fruto alguno; su corteza se abre con el calor y se separa del tronco; despues de dejarla un poco al sol se la quitan, y esta corteza es la canela.

Dirijiéndonos al nordeste, llegamos á una ciudad llamada Mindanao, situada en la isla donde están Butuan y Calagan; fuimos allá para adquirir un exacto conocimiento de la posición de las islas Molucas. Encontramos á nuestro paso un *bigdanai*, barca que se parece á una piragua y nos determinamos á apresarla; resistiéronse los que en ella iban, que eran diez y ocho, y les matamos siete, cojiendo á los demás. Eran personajes notables de Mindanao, hallándose entre ellos el hermano del rey, que nos aseguró que sabia muy bien la posición de las islas Molucas.

Conforme á sus indicaciones, variamos de rumbo y nos dirijimos al sudeste; nos hallábamos entonces á 6° 7' de latitud norte y á 30 leguas de distancia de Cavit.

Dijéronnos que en un cabo de esta isla, cerca de un río, hay unos hombres velludos, famosos guerreros y excelentes arqueros; llevan unas dagas de un palmo de largo, y cuando cojen á un enemigo se le comen el corazón crudo con zumo de naranja y limón. Se llaman Benayanos.

Siguiendo nuestro rumbo al sudoeste, encontramos cuatro islas llamadas *Sibuco*, *Virano*, *Batolaque*, *Sarangani* y *Candigar*. Costeando la de Batolaque, el sábado 26 de octubre, al anocheecer, experimentamos una borrasca que aguantamos á palo seco, rogando á Dios que nos salvase de ella.

En cuanto serenó el tiempo, volvimos á seguir nuestro camino, y entramos en un puerto que se halla en medio de la isla Sarangai, hácia Candigar: fondeamos allí cerca de un caserío donde hay muchas perlas y oro. Este puerto se halla á 5° 9', á unas 50 leguas de Cavit. Sus habitantes son gentiles y van casi desnudos.

Detuvimos allí un día entero, y nos apoderamos por fuerza de dos pilotos para que nos condujesen á las islas Molucas. Segun sus indicaciones, tomamos la dirección del sud sudoeste y pasamos por medio de ocho is-

lotes que forman una especie de calle; sus nombres son Cheava, Caviao, Cabiao, Camanuca, Calabuzao, Cheai, Lipan y Nuza; al cabo de estas islas vimos otra mas grande y mas hermosa, pero como el viento nos era contrario, no pudimos entrar en ella y toda la noche tuvimos que bordear. Durante este tiempo, todos los prisioneros que habíamos hecho en Sarangani se arrojaron al mar y se salvaron á nado, menos el hijo del hermano del rey de Mindanao que se ahogó estando casi para llegar á tierra con su padre.

Viendo la imposibilidad de virar la punta de la isla mayor, la pasamos bajo el viento cerca de los islotes. Hállase situada esta isla á los 3° 30' de latitud septentrional y á 27 leguas de Sarangani, y se llama Sanguin.

Continuando siempre en la misma dirección, pasamos cerca de cinco islas llamadas Cheoma, Carachita, Para, Zangalura y Ciaú; esta última se halla á 10 leguas de Sanguin, y se vé en ella una montaña de bastante extensión, pero poco elevada.

Vimos también la isla de Paginsara, con tres montañas bastante altas. A doce leguas de distancia, hácia el este, hallamos tres islotes, Talaut, Suar y Mean.

El miércoles 6 de noviembre, despues de haber pasado estas islas, encontramos cuatro mas, bastante altas, á 14 leguas hácia el este. El piloto que cojimos en Sarangani nos dijo que eran las islas Molucas. Dimos gracias á Dios, por haber llegado, é hicimos una descarga general de artillería. Veinte y siete meses, menos dos días, hacia que estábamos navegando por todos los mares, buscando siempre las Molucas sin poder dar con ellas.

Los portugueses han dicho que estas islas se hallan situadas en medio de un mar impracticable á causa de los bajos de que están rodeadas y de la atmósfera de niebla que las envuelve. Nosotros hallamos todo lo contrario, y nunca tuvimos menos de cien brazas de fondo, aun en el mismo Maluco.

El viernes 8 de noviembre, á las tres de la tarde, entramos en el puerto de una isla llamada Tidore y fuimos á fondear cerca de tierra con veinte brazas de agua.

Al siguiente día, vino el rey en una piragua y dió la vuelta á las naos. Salimos á recibirle en dos lanchas, para demostrarle nuestro agradecimiento, y él nos hizo entrar en su piragua, donde estaba sentado debajo de un parasol de seda que le cubria enteramente. Su hijo estaba delante de él con el cetro real en las manos, y detrás se hallaban cuatro hombres, dos de los cuales tenían dos tazones de oro con agua para lavarse las manos, y los otros dos unos cofrecillos dorados llenos de betel.

Nos dió la bienvenida, y nos dijo que hacia mucho tiempo que habia soñado que debían llegar á su isla unas embarcaciones

procedentes de países lejanos, y que habiendo examinado la luna, se convenció de que éramos nosotros los buques que esperaba.

Subió despues á bordo de las naos, donde le besamos la mano, le hicimos sentar en una silla de terciopelo encarnado, y le pusimos una chaqueta turca de terciopelo amarillo; para demostrarle nuestro respeto de un modo mas eficaz, nos sentamos en el suelo delante de él.

Luego que se supo quienes éramos y el objeto de nuestro viaje, nos dijo que él y todos sus pueblos tendrían su mayor satisfaccion en ser amigos y vasallos del rey de España; que fuésemos á tierra donde nos recibiría como á sus propios hijos, y viviríamos en sus habitaciones todo el tiempo que quisiésemos; añadió que su isla se llamaría en adelante Castilla; en vez de Tidore, en honor de nuestro soberano.

Nosotros le regalamos la silla donde estaba sentado y la chaqueta turca, con una pieza de paño fino, otra de damasco, varios bordados de oro y plata, gorros, cuchillos, peines, cristalinas, y muchas otras frioleras que recibió con sumo agrado. Hicimos tambien regalos análogos á su hijo y á los que iban con él; recibieronlos con muestras de agradecimiento, y el rey nos dijo que sentía mucho no tener nada digno para enviar al rey de España y que solo podia ofrecer su persona. Nos aconsejó que acercásemos las naos á las habitaciones, y que si alguno de los suyos se acercaba á robarnos durante la noche, le matásemos con nuestros fusiles. Partió despues muy satisfecho de nosotros, pero no quiso jamás bajar la cabeza por mas cortesías que le hicimos. Saludamos su partida con una salva de artillería.

El rey de las Molucas es moro, esto es, árabe: de unos cincuenta años de edad, bien formado, de buena presencia, vestido con una camisa muy fina con las mangas bordadas de oro, una túnica que le llegaba á los pies, un velo en la cabeza y encima del velo una corona de flores se llama Almanzor y era gran astrólogo.

En 10 de Noviembre, que era domingo, volvimos á tener otra conversacion con el Rey, que nos preguntó que paga y raciones nos daba el rey de España. Nos pidió un sello y un estandarte real, y añadió que su isla y la de Terrenate (que destinaba para su nieto Calanopagi), permanecerian en adelante sumisas al rey de España, por quien queria combatir en lo venidero; y que si por desgracia llegaba á sucumbir bajo sus enemigos, iría á España en una de sus embarcaciones y llevaría consigo el sello y el estandarte. Nos rogó que le dejásemos á algunos de nosotros para recordarle continuamente nuestra visita y á España.

Al ver el ahinco con que cargábamos de cla-

villos nuestras naos, nos dijo que no habiendo en la isla bastante secos para embarcar, iria él mismo á buscar más á la de Bachian, donde esperaba hallar en cantidad suficiente.

El *árbol del clavo* crece en cinco islas, que son Terrenate ó Ternate, Tidore, Mutir, Machian y Bachian: Terrenate es la mayor. Esta y Tidore tienen cada una su Rey, así como Babbian. Mutir y Machian carecen de soberano y tienen un gobierno popular; pero cuando los reyes de Tidore y Terrenate se hacen la guerra entre sí, estas dos repúblicas democráticas proveían combatientes á ambos partidos. Todo este archipiélago, donde se cultiva el clavillo, se llama las Molucas.

Cuando llegamos á Tidore, nos dijeron que ocho meses antes habia muerto allí un portugués llamado Francisco Serrano, que era capitán general del rey de Terrenate. En una ocasion en que su rey se hallaba en guerra con el de Tidore, Serrano obligó á este á que diese su hija en matrimonio al rey de Terrenate, y exigió, en rehenes, á los hijos varones de los señores de Tidore. De este matrimonio nació Calanopagi de quien he hablado ya y que debia ocupar el trono de Terrenate. Sin embargo el rey de Tidore no perdonó jamás á Serrano la forzosa que le habia hecho, y algunos años despues le hizo morir envenenado, en un viaje que efectuó á su isla para comprar clavillos. Dejó Serrano un niño y una niña de corta edad, frutos de un matrimonio que contrajo con una mujer de Java. Consistía toda su fortuna en doscientos bahares de clavillo.

Era Serrano un gran amigo y casi pariente de nuestro malogrado Capitan General Magallanes; él fué quien le desidió, desde las Molucas, á emprender este largo viaje.

El lunes 11 de noviembre; Chechilideroix, uno de los hijos del rey de Terrenate, que hemos nombrado ya, se acercó á nuestras naos con dos piraguas en las cuales habia varios tímbaleros: iba vestido de terciopelo encarnado. Supimos despues que la viuda y los hijos de Serrano estaban con él. Sin embargo no se atrevió á subir á bordo ni nosotros quisimos hacerlo, sin permiso del rey de Tidore, su enemigo, en cuyo puerto nos hallábamos y á quien mandamos á preguntar si podiamos recibirlo. Respondiéonos que éramos dueños de hacer lo que quisiesemos; pero durante este tiempo. Chechilideroix viendo nuestra incertidumbre, concibió algunas sospechas y se alejó de nosotros; algunos de los nuestros lo siguieron en un batel y le regalaron de parte nuestra una pieza de paño indio de seda bordado de oro, varios espejillos, tijeras, cuchillos, etc., que aceptó de bastante mala gana, y se alejó en seguida.

Estaba con él un indio que se habia hecho cristiano y se llamaba Manuel, era criado de Pedro Alfonso de Lorosa, que fué desde

Bandan á Terrenate despues de la muerte de Serrano. Manuel, que hablaba el portugués vino á nuestro bordo y nos dijo que los hijos del rey de Terrenate, aunque enemigos del rey de Tidore, estaban muy dispuestos á abandonar el Portngal para entregarse á la España. Escribimos por su conducto una carta á Lorosa para convidarle á que viniese á bordo sin temor alguno. Luego veremos como correspondió á nuestro convite.

Quise informarme de los usos del país, y supe que el rey podia tener tantas mujeres como le acomodase, pero solo á una se la considera como esposa y las demás son esclavas. Habia fuera de la ciudad una gran casa donde vivian mas de doscientas de sus mujeres, las mas hermosas, con igual número de sirvientas.

El rey come siempre solo ó con su esposa, y sus demás mujeres están sentadas al redor suyo. Nadie puede ver á las mujeres del rey sin un permiso particular suyo, so pena de muerte. Cada familia está obligada á ceder una ó dos de sus hijas para proveer de mujeres al serrallo real. El rey Almanzor tenia veinte y seis hijos, ocho varones y diez y ocho hembras. Hay en la isla de Tidore una especie de obispo que tenia cuarenta mujeres y un número considerable de hijos.

El martes 12 de Noviembre, mandó el rey construir un cobertizo para nuestras mercancías, y llevamos allí todas las que habiamos destinado para cambiarlas; tres de los nuestros las guardaban. He aqui como se fijó el valor de las mercancías que contábamos dar en cambio de clavillos. Por diez brazas de paño encarnado de buena calidad, debian darnos un bahar de clavos. El bahar tiene cuatro quintales y seis libras, y cada quintal pesa cien libras. Por quince brazas de paño de mediana calidad, un bahar de clavillos; por quince hachas, un bahar; por treinta y cinco tazas de vidrio, un bahar. Cambiamos de este modo todas nuestras tazas de vidrio con el rey. Por diez y siete catiles de cinabrio, un bahar; otro por igual cantidad de azogue; por veinte y seis brazas de tela; un bahar; y por una tela mas fina, no se daban mas que veinte y cinco brazas. Por ciento cincuenta cuchillos, un bahar; por cincuenta pares de tijeras, ó por cuarenta gorras, un bahar, por diez brazas de paño de Guzerate, un bahar; Habiamos sacado un gran partido de los espejos, pero la mayor parte se rompió en el camino y el rey se apropió los que habian quedado intactos. Una parte de nuestras mercancías provenian de los juncos de que he hablado ya. De este modo hicimos un mercado muy ventajoso, pero no sacamos todo el beneficio que hubieramos podido, porque queriamos apresurarnos á volver á España cuanto antes.

Además del clavillo, haciamos cada dia una buena provision de víveres, pues los indios venian continuamente en sus barcas á traernos cabras, gallinas, cocos, bananas y otros comestibles que nos daban por poco valor. Haciamos al mismo tiempo una buena provision de agua muy caliente que se enfriaba en sumo grado cuando se la esponia al aire libre durante una hora. Decian los habitantes que esto provenia de que el agua bajaba de la montaña de los claveros. Allí nos convencimos de la impostura de los portugueses, que quieren hacer creer que se carece enteramente de agua en las islas Molucas

Al siguiente dia, envió el rey á su hijo Mossahap á la isla de Mutir para recoger clavos á fin de que pudiésemos cuanto antes completar nuestro cargamento. Los indios que habiamos cojido en el camino, hallaron ocasion de hablar al rey, y este se interesó por ellos rogándonos que se los dejásemos á fin de que pudiese enviarlos á Tidore acompañados por cinco isleños; de este modo, añadió; tendrán ocasion de elogiar al rey de España y harán asi caro y respetable el nombre español á todos aquellos pueblos. Entregámosle, pues, á las tres mujeres que queriamos presentar á la reina, y á todos los hombres escepto á los de Borneo.

El rey nos pidió otro favor, y era el de matar á todos los cerdos que teniamos á bordo, proponiéndonos, una buena compesacion en cabras y aves. Accedimos á su súplica y matamos á los marranos en el entre puente para que los moros no lo notasen; pues era tal el horror que tenian á estos animales que cuando encontraban alguno en su camino se tapaban los ojos y las narices por no verlo ni olerlo.

Aquella misma tarde vino á vernos á bordo el portugués Pedro Alfonso de Lorosa. El rey, segun supimos despues, le habia enviado á buscar para advertirle que, aunque era de Terrenate, debia poner mucho cuidado y comedimiento en las respuestas que iba á hacer á nuestras preguntas. Efectivamente: así que estuvo á bordo, nos dió todos los datos que podian interesarnos. Díjonos que hacia diez y seis años que estaba en las Indias; y habia pasado diez en las islas Molucas, siendo uno de los primeros portugueses que se establecieron en ellas, y sobre las cuales habian guardado siempre el mas profundo silencio. Añadió que hacia unos once meses y medio que habia llegado á las Molucas desde Malaca una nao muy grande para cargar clavillos, cargamento que efectuó, pero el mal tiempo la detuvo algunos meses en Bandan. Dicha nao procedia de Europa, y el capitan, que era portugués y se llamaba Tristan de Meneses, dijo á Alfonso Lorosa que la noticia mas importante que tenia que darle era la partida del puerto de Sevilla de una

armada de cinco naos, al mando de Magallanes, para ir á descubrir las Molucas en nombre del rey de España; que el rey de Portugal, tanto mas irritado cuanto que era un súbdito suyo el que iba á perjudicarle con tal descubrimiento, habia enviado varios buques al cabo de Buena Esperanza y al de Santa Maria, para interceptar el paso en el mar de las Indias, pero dichos buques no pudieron hallarle. Habiendo sabido despues que Magallanes habia pasado por otra mar y que se dirigia á las Molucas por el oeste, mandó el rey de Portugal á don Diego Lopez de Siqueira, su capitan en jefe en las Indias, que enviase seis buques de guerra á Maluco contra él; pero como Sequeira supo que los turcos preparaban una flota contra Malaca, se vió obligado á enviar 60 embarcaciones armadas contra ellos, al estrecho de Meca, en la tierra de Judá. Estos buques hallaron en dicho pasaje á las galeras turcas varadas en la orilla del mar y las quemaron todas, pero esta expedicion impidió al capitan general portugués el emprender lo que su rey le habia mandado hacer contra nosotros. Poco tiempo despues, envió en busca nuestra á un galeon armado con dos hileras de bombardas, mandado por el capitan Francisco Faria, portugués. Este galeon tampoco vino á combatirnos á las islas Molucas, porque se vió obligado á regresar al puerto de donde salió á causa de los vientos contrarios que esperimentó. Añadió á todo eso Lorosa que pocos dias antes habian aparecido una caravela y dos juncos en las aguas de Maluco para inquirir noticias nuestras, y mientras podian proporcionárselas, los juncos, tripulados por siete portugueses, fueron á Bachian para cargar clavillo; pero no habiendo querido respetar los portugueses á las mujeres de los habitantes de la isla, fueron degollados todos, lo cual visto por el capitan de la carabela, se apresuró á regresar á Malaca abandonando á los juncos y las mercancías.

Nos dijo tambien Lorosa que cada año iban muchos juncos á Bandan para comprar clavos y nueces moscadas, que el viaje de Bandan á las islas Molucas se hace en tres dias, y en quince el de Bandan á Malaca. Este comercio, añadió, es el que mas producto dá al rey de Portugal, así es que se oculta con el mayor cuidado á los españoles.

Todo cuanto Lorosa nos dijo era para nosotros del mayor interés; por nuestra parte, hicimos cuanto pudimos para decidirle á que se viniese con nosotros á Europa, prometiéndole grandes recompensas le parte del rey de España.

El viérnes 15 de noviembre, nos anunció el rey que queria ir á Bachian para recoger los clavos que habian dejado los portugueses; con este fin nos pidió algunos presentes para darlos en nombre del rey de España á los gobernantes de Mutir.

Hay enfrente de Tidore una isla muy grande llamada Gilolo, habitada por los moros y los gentiles. Los moros tienen allí dos reyes, uno de los cuales, segun nos dijo el rey de Tidore, ha tenido 600 hijos y el otro 525. Los gentiles no tienen tantas mujeres como los moros, y son menos supersticiosos. Lo primero que ven cada mañana, al levantarse, es el objeto de su adoracion. El rey de estos gentiles se llama Papua; es muy rico en oro y habita lo interior de la isla. Crecen entre las rocas de aquel país unas cañas tan gruesas como la pierna de un hombre, las cuales estan llenas de un agua muy buena para beber. La isla de Gilolo es tan grande, que un batel tendría mucho trabajo en dar la vuelta completa en cuatro meses.

El sabado 16 de noviembre, vino á bordo de nuestras naos uno de los reyes moros de Gilolo, con muchas embarcaciones. Le regalamos una chaqueta de damasco verde, dos brazas de paño encarnado, algunas tigas, peines, y dos tazas de cristal dorado que le gustaron mucho. Nos dijo, con mucha amabilidad, que ya que eramos los amigos del rey de Tidore, debiamos ser tambien los suyos, porque amaba á aquel rey como sí fuera su propio hijo. Convidónos á ir á sus tierras, donde nos aseguró que nos recibiría con la mayor distincion. Este rey es muy poderoso y respetado en todas las islas de aquellas regiones. Era ya anciano y se llamaba Jussu.

Al siguiente dia, domingo, volvió á nuestro bordo dicho rey, y manifestó deseos de ver como manejábamos nuestras bombardas. Hicimos algunos ejercicios delante de él, y quedó muy complacido, porque en su juventud habia sido gran guerrero.

Aquel mismo dia fuí á tierra para examinar el árbol del clavo. Hé aquí lo que observé: dicho árbol es grande y grueso como el cuerpo de un hombre: sus ramas son horizontales hácia el medio del tronco, y en la capa forman una pirámide. Su hoja parece la del laurel y su corteza la del olivo. Los clavos nacen en el extremo de cada rama, brotando antes un vasillo, del cual sale fuera la flor que es como azahar; la punta del clavo está asida al extremo de la rama, y cada uno creciendo hasta que quede en su perfeccion; estos clavos salen en racimos como yedra ó espino y enebro; al principio son verdes, luego blancos, encarnados cuando están maduros, y negros cuando están secos con el calor del sol, que es como los traen á Europa. Se hacen dos cosechas al año, una por Navidad y otra por el dia de San Juan Bautista. La cosecha de Navidad dá un clavo mas aromático y fuerte, porque el sol está entonces en el zenit. Cuando el año ha sido seco y caliente, se recoge de tres á cuatrocientos bahares en cada isla. Este árbol nace solo en países montuosos y entre ris-

cos, y muere cuando se le trasplanta en el llano. Las hojas, corteza y la parte leñosa tienen un olor y sabor tan fuertes como el mismo fruto. Cuando no se coje este, durante su madurez, se vuelve tan grueso y duro que no tiene de bueno mas que la corteza. Solo hay clavo en las montañas de las cinco islas de Maluco, y un poco en Gilolo y en el islote de Mare, entre Tidore y Mutir. Se pretende que la niebla dá á este producto cierto grado de perfeccion; sin salir garante de este hecho, solo diré que todos los dias veíamos una espesa niebla envolver aquellas montañas durante algunas horas. Cada habitante posee cierto número de claveros cuyo fruto recoge, pero sin tomarse la modestia de cultivarle.

Hay tambien en aquella isla algunas nueces moscadas. El árbol que las produce es alto y extiende las ramas casi como el nogal de Europa; la nuez nace cubierta de dos cortezas como nuestras nueces: al principio es como un vaso peloso, debajo del cual hay una cubierta sutil en forma de red abrazada á la nuez, y la flor de esta fruta se llama *macis* ó *macia*, que es cosa preciosa, la otra cubierta es de leño, semejante al de nuestras nueces ó cáscara de avellanos, dentro del cual está la nuez moscada.

Todas las islas de este archipiélago producen gengibre, que nosotros comíamos en vez de pan, una parte se siembra y otra nace espontáneamente, pero el sembrado es el mejor; la yerba del gengibre es semejante á la del azafran de España; nace casi del mismo modo y su raiz es el gengibre.

Las casas de aquellos insulares están construidas como las de las islas vecinas, pero se hallan rodeados de cercados hechos con cañas. Las mujeres son feas, lo que no impide á los hombres ser muy celosos. Ambos sexos van casi desnudos, sin mas vestido que un delantal de corteza de árbol.

He aquí como fabrican estos delantales. Toman un pedazo de corteza de árbol, le dejan en el agua hasta que se ablanda, y le machacan luego con un mazo para alargale y ensancharle cuanto pueda dar de sí.

El pan le hacen con la pulpa interior de un árbol que se parece á la palmera. Le llaman *sagú* y hacen provision de él para sus viajes marítimos.

Los isleños de Terrenate venian diariamente con sus canoas para proponernos clavillo, pero como estábamos aguardando á que nos trajesen de esta mercancía, nos limitábamos á comprarles víveres.

El domingo 24 de noviembre, por la noche, volvió el rey á pasearse al alrededor de nuestras naves, al son de timbales. Saludámosle con una salva de artillería, y él por su parte nos dijo que en virtud de las órdenes que habia dado, pronto nos traerían una canti-

dad considerable de clavillo. En efecto, al siguiente dia nos trajeron 171 catiles recién cojido. Era el primer cargamento de alguna importancia que hacíamos, y como esto era el principal objeto del viaje, hicimos varios disparos de bombardas en signo de regocijo.

El martes 26 de noviembre, vino el rey á hacernos una visita y nos dijo, que saliendo de su isla en obsequio nuestro, hacia lo que ninguno de sus antecesores, habia hecho; pero que tenia en ello mucho gusto para dar una prueba de amistad al rey de España, y para que pudiésemos nosotros regresar cuanto antes á nuestro país, y volver en breve con fuerzas suficientes para vengar la muerte de su padre, asesinado en una isla llamada Buru, cuyo cadáver arrojaron despues al mar. Nos dijo que en Tidore, cuando una nave ó un junco cargaba clavillo por primera vez, tenia el rey la costumbre de convidar á toda la tripulacion del barco mercante y orar despues para que esta llegase con felicidad á su destino. Con este motivo, y para celebrar la visita que estaba esperando del rey de Bachian con su hermano, habia mandado preparar un festin y limpiar las calles y caminos de su isla.

Este convite nos inspiró algunas sospechas, con mayor motivo, cuanto que supimos que pocos dias antes habian sido asesinados tres portugueses por los isleños ocultos en los bosques, en el mismo sitio donde estábamos haciendo aguada. Veíamos además á los indios que habíamos apresado, en continuos cuchicheos con los naturales de Tidore, de modo que la mayoría de nosotros se negó á aceptar este convite, temerosa de que se reprodujese la terrible catástrofe de Zebú. Enviamos, sin embargo, á un mensajero para que nos disculpase con el rey y le diese las gracias, rogándole al mismo tiempo que viniese cuanto antes á bordo de nuestras naos para recibir los cuatro esclavos que le habíamos prometido, pues era nuestra intencion partir lo mas pronto posible.

El rey vino aquel mismo dia y subió á bordo de nuestros buques sin la menor desconfianza. Díjonos que sentía mucho que nos marchásemos tan pronto, tanto mas cuanto que todas las embarcaciones que iban á su isla á comerciar, empleaban mas de treinta dias en completar el cargamento; añadió que al ayudarnos á cargar y al buscarnos la mercancía, no fué su ánimo el apresurar nuestra partida. Nos hizo observar que la estacion no era propicia para la navegacion, y que nos esponiamos á hallar á algunos buques portugueses enemigos nuestros.

Viendo que nada de lo que alegaba era capaz de variar nuestra resolucion, nos dijo que iba á devolvernos todo cuanto le habíamos dado de parte del rey de España, para que nadie pudiese decir que era un ingrato,

bueno solamente para recibir sin corresponder con otros regalos. «Si os marcháis tan pronto, añadió, se dirá que temeis una traición de parte mía, y mientras viva se me considerará como á un traidor.» Luego, para que desechásemos todo temor, mandó traer su Alcoran, le besó con mucha devoción y le colocó varias veces encima de su cabeza, murmurando una oración que los musulmanes llaman *Zambehan*. Juró despues, en alta voz, por *Alá* y por el *Alcoran*, que sería siempre fiel al rey de España. Dijo todo esto llorando y con tanta convicción, que le prometimos pasar aun quince dias en Tidore, Dímosle además el sello y el estandarte real.

Segun nos dijeron despues, se le aconsejó, en efecto, que nos matase á todos nosotros para grangearse el reconocimiento de los portugueses, los cuales no podrian menos de ayudarle á vengarse del rey de Bachian, pero que él rechazó enérgicamente esta perfidia, declarando que queria ser fiel súbdito y aliado del rey de España.

El miércoles 27, mandó publicar un bando permitiendo que se nos vendiese libremente clavillo; así pudimos proporcionarnos gran cantidad.

El viernes, vino á Tidore el rey de Machian con muchas piraguas, pero no quiso tomar tierra, porque su padre y su hermano, desterrados de Machian, se hallaban refugiados en aquella isla.

El sábado, vino el rey á las naos, con el gobernador de Machian, sobrino suyo, llamado Humai; regalámosle tres varas de paño encarnado (que nos proporcionó el mismo rey), y otras varias frioleras, disparando además las bombardas cuando se marchó.

El miércoles dia de Santa Bárbara, hicimos en honor del rey una salva de artillería, y por la noche disparamos varios fuegos artificiales que le divirtieron mucho.

El jueves y viernes, compramos gran cantidad de clavillo, sumamente barato, pues llegaron á darnos un bahar por dos varas de cinta, y cien libras por dos cadenitas de laton. Todos los marineros trocaban prendas de vestuario por clavillo.

El sábado, vinieron tres hijos del rey de Terrenate con sus mujeres que eran hijas del rey de Tidore, en compañía del portugués Pedro Alfonso. Regalamos á cada uno de los tres hermanos una taza de cristal dorado, y á sus mujeres tijeras y otras bagatelas.

El lunes, por la noche, volvió á nuestro bordo el rey con tres mujeres que le llevaban el betel. Nos hizo observar que solo él y los individuos de su familia tenían derecho de llevar mujeres consigo. Aquel mismo dia, volvió por segunda vez el rey de Gilolo para ver los ejercicios de fuego.

Acercándose el dia de nuestra marcha, menudeaba el rey sus visitas, y nos previno que

no navegásemos de noche á causa de los bajos y de los escollos que hay en aquellos mares.

El portugues Pedro Alfonso de Lorosa vino á bordo con su mujer y todo cuanto poseía, á fin de regresar á Europa con nosotros. Dos dias despues, Chechilideroix, hijo del rey de Terrenate, se acercó á nosotros en una canoa llena de gente, y llamó á Lorosa para que fuese adonde él estaba, pero este temiendo alguna acechanza, no solo se negó á ir, sino que nos aconsejó que no le dejásemos subir á bordo. Seguimos su consejo y no nos arrepentimos, porque, segun supimos despues, Chechilideroix era gran amigo del capitán portugués de Malaca, y habia concebido el proyecto de apoderarse de Lorosa y entregárselo.

El rey nos previno que el de Bachian iba á venir con su hermano para casar á este con una hija de aquel (el rey), y nos rogaba que con este motivo hiciésemos una salva de artillería. Así lo hicimos cuando llegó el caso, pero sin disparar las piezas mayores, por estar nuestras naos muy cargadas.

El rey de Bachian y su hermano, el futuro esposo de la hija del rey de Tidore, llegaron en una gran embarcacion con tres hileras de remeros en cada lado, formando un total de ciento y veinte. El barco estaba adornado con muchos pabellones formados con plumas de papagayos blancos, colorados y amarillos. Mientras bogaban, la música y los timbales marcaban el compás de los remeros. Iban en otras dos barcas las doncellas que debian ser presentadas á la esposa. Devolviéronnos el saludo, dando la vuelta á nuestras naos y al puerto.

Como la etiqueta no permite que un rey ponga el pié en tierra de otro rey, el de Tidore vino á visitar al de Bachian en su propia canoa. Este al verle llegar, se levantó del tapiz adonde estaba sentado y se ladeó para ceder el puesto al otro rey, quien, por urbanidad, rehusó tambien sentarse en el mismo tapiz y fué á colocarse al otro lado, dejando el tapiz en medio de los dos. Entonces el rey de Bachian ofreció al de Tidore quinientas *patolas*, como una especie de rescate de la esposa que daba á su hermano. Las patolas son unos paños de oro y seda fabricados en la China y muy apreciados en aquellas islas. Cada uno de estos paños se paga tres bahares de clavos ó mas, segun el oro y trabajo que hay en él. Cuando muere uno de los magnates del pais, los parientes del difunto se visten con dichos paños para honrar su memoria.

El lunes, el rey de Tidore envió una comida al de Bachian, que llevaron cincuenta mujeres cubiertas de paños de seda desde la cintura hasta las rodillas. Marchaban dos á dos, llevando á un hombre en medio de ellas; tenia cada una en las manos una bandeja,

y en las bandejas las platos que componian la comida. Los hombres llevaban el vino en grandes vacijas. Las diez mujeres mas ancianas hacian el oficio de maestras de ceremonia. Llegaron, en este órden, hasta la embarcacion, y presentaron todo al rey que se hallaba sentado en un tapiz. A su regreso, se asieron las mujeres á varios de los nuestros que estaban allí, y no quisieron soltarles hasta que recibieron algunos presentes. El rey de Tidore envió despues víveres para nosotros; estos víveres se componian de cabras, cocos y otros comestibles, incluso el vino.

Aquel mismo dia, pusimos á las naos las velas nuevas, con la cruz de Santiago de Galicia en cada una de ellas, y además esta inscripcion: «ESTE ES EL SIGNO DE NUESTRO DESTINO»

El martes, dimos al rey algunos de los fusiles que cojimos á los indios cuando nos apoderamos de sus juncos, y cuatro barriles de pólvora.

Embarcamos en cada una de nuestras naos, ochenta toneles de agua; debíamos tomar la leña en la isla de Mare, por donde debíamos pasar y adonde el rey habia enviado cien hombres para prepararnosla.

Aquel mismo dia el rey de Bachian obtuvo del de Tidore el permiso de ir á tierra para hacer alianza con nosotros. Precedíanle cuatro hombres, con puñal levantado en mano y dijo en presencia del rey de Tidore y de toda su comitiva, que estaría siempre pronto á consagrarse al servicio del rey de España, y que guardaría para sí todos los clavillos que le habian dejado los portugueses hasta que llegase otra armada española. Añadió que iba á enviarnos, para que lo entregásemos á nuestro soberano, un esclavo y dos bahares de clavillos; de buena gana hubiera dado diez, pero nuestras naos se hallaban tan cargadas que no podiamos aceptar mas.

Nos dió igualmente, para el rey de España, dos pájaros muertos muy hermosos, del tamaño de un tordo, con la cabeza pequeña y el pico largo; las patas son gruesas como una pluma de pato y largas de un palmo; su cola se parece á la del tordo, no tiene alas, pero en su lugar unas plumas muy largas de diferentes colores. Este pájaro no vuela mas que cuando hay aire. Dícese que viene del paraíso terrenal, y le llaman *bolondinata*, es decir, pájaro de Dios.

Un dia, el rey de Tidore envió á decir á los nuestros que estaban encargados de la guardia del almacen, donde estaban nuestras mercancías, que no saliesen durante la noche porque, decia, habia isleños que por medio de ciertos unguentos tomaban la figura de un hombre sin cabeza y salían en este estado, durante la noche, y cuando hallaban á alguien que les disgustase, le untaban la palma de la mano, lo cual le ha-

cia morir al cabo de tres ó cuatro dias. Cuando hallaban á mas de una persona á la vez, no las untaban, pero tenian el arte de atolondrarlas. Añadió el rey que hacia cuanto podia para descubrir á estos brujos, y que ya habia hecho ahorcar á varios.

El miércoles, por la mañana, estaban ya tomadas todas las disposiciones para nuestra partida. Los reyes de Tidore, de Gilolo, de Bachian y el hijo del de Terrenate vinieron para acompañarnos hasta la isla de Mare. La *Victoria* fué la primera, que se hizo á la vela y siguióla la *Trinidad*, pero despues que con muchísima dificultad se levantó el áncora de esta última, advirtieron los marineros que hacia agua en la sentina, y tuvo que volver á su primer fondeadero donde se empezó á descargar para descubrir la avería. Pero por mas que hicimos, y á pesar de que el agua entraba siempre con violencia como por un caño, no pudimos dar con ella. El rey de Tidore vino á bordo para ayudarnos, y mandó á cinco de sus mejores buzos que se echasen al mar para tratar de descubrir la abertura; todo fué inútil, y los buzos, despues de haber permanecido media hora debajo del agua, no pudieron hallar el paraje por donde entraba el agua, y lo mismo les sucedió á otros tres mas hábiles que los primeros á quienes envió á buscar el rey al otro extremo de la isla. Mostróse el rey vivamente afligido por esta desgracia, y se ofreció á ir á España él mismo para contar al rey cuanto habia pasado; pero nosotros le respondimos que teniendo dos naos, podiamos regresar en la que nos quedaba, y que no tardariamos en hacernos á la vela en la *Victoria*, al primer viento del este. Añadimos que entre tanto recorreríamos la *Trinidad* para que, aprovechando esta de los vientos del oeste, pudiese ir á Darien, region situada al otro lado del mar, en la tierra de *Diucatan*. Contestó el rey que tenía á su disposicion 250 carpinteros que podrian emplearse en este trabajo bajo nuestra direccion, y juró con mucha animacion y sentimiento que aquellos de entre los nuestros que se quedasen en la isla, serían tratados como si fueran sus propios hijos.

Los que tripulábamos la *Victoria*, temiendo que la carga no fuese muy pesada, enviamos á tierra 60 quintales de clavillo y los depositamos en la casa donde se hallaba alojada la tripulacion de la *Trinidad*. Hubo varios de entre nosotros que prefirieron permanecer en las islas Molucas, sea por temor de que la nao no pudiese resistir mucho tiempo en alta mar, sea por no volver á pasar por los mismos trabajos que habian experimentado.

(Se concluirá.)